

LACTANCIO

**SOBRE LA MUERTE
DE LOS PERSEGUIDORES**

Introducción, traducción y notas por
D. Casimiro Sánchez Aliseda

Serie
Los Santos Padres
N.º 9

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2000-1990

I.S.B.N.: 84-7770-189-X

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

EL AUTOR Y SU OBRA

LUCIO CECILIO FIRMIANO LACTANCIO.—*Pocas noticias nos han quedado de su vida, pero por varios indicios podemos colegir que transcurrió entre los años 250 al 340, tocándole vivir los tiempos duros de la persecución de Dioclesiano y el triunfo de la paz cristiana causado por el Edicto de Milán.*

Sabemos que nació en Africa, tal vez en Numidia, y podemos clasificarle entre aquellos escritores africanos, como Tertuliano, San Cipriano, Arnobio y Conmodiano, que hacían decir a San Agustín, lleno de orgullo provinciano: Duæ urbes litterarum latinarum artifices, Roma et Cartago, haciendo a ésta cuna del latín cristiano, como Roma lo había sido del pagano.

En Cirta siguió Lactancio las lecciones de Arnobio y bajo su dirección estudió la retórica, si bien su estilo difiere notablemente del de su maestro. En Africa primero y en Nicomedia después, a donde fue llamado por el emperador Diocleciano, dio clases de elocuencia. En esta fase de su vida conviene colocar su conversión, que debió ocurrir hacia el año 300. No sabemos si ésta fue término lógico de un proceso evolutivo ya de largo tiempo incubado o surgió como reacción al espectáculo sangriento de la gran persecución.

No debió prosperar Lactancio como maestro de retórica en Nicomedia, ya porque su reputación como orador y escritor no bastaran a procurarle un auditorio numeroso, ya por el ambiente helénico de la ciudad, poco propicio a la cultura latina, ya también por la sistemática oposición, no siempre mantenida dentro de los

términos de la dignidad, de los rétores griegos Hierocles y Porfirio. El caso es que su situación económica debía ser harto precaria después de tantos años y bendeciría al cielo, cuando Constantino le llamó a Tráveris para encargarle de la educación de su hijo Crispo, lo cual ocurriría en 317. Ya no debió salir de la corte, pero se ignora el año y el lugar de su muerte, si bien San Jerónimo nos dice que ésta ocurrió in extrema senectute.

EL ESCRITOR.—Lactancio escribió mucho, pero no olvidemos que su fama y el interés que puede producirnos su obra se debe a su actividad como escritor cristiano, puesto que sus composiciones anteriores a la conversión, sobre gramática o retórica, a nadie preocuparían. San Jerónimo, en su libro sobre los varones ilustres (80), nos ha conservado una lista bastante larga de obras de Lactancio, actualmente perdidas. Muchas de ellas eran demasiado largas y tediosas, al decir del Papa Dámaso. Las posteriores a su conversión son las que reseñaremos. En ellas se revela una progresiva evolución, que de un cristianismo vago desemboca en una fe clara y ortodoxa. Son las siguientes:

De ofificio Dei vel formatione hominis, liber, unus.

Institutionum divinarum adversus gentes, libri septem.

De ira Dei, liber unus.

De mortibus persecutorum, o también, De persecutione, liber unus.

De ave Phoenice, poema atribuido a Lactancio, aunque no debe ser suyo.

En el orden presentado debieron ser escritas las anteriores obras, aunque no tenemos elementos para señalar una cronología precisa.

ANÁLISIS DE SUS OBRAS.—El primer escrito cristiano de Lactancio fue indudablemente el De ofificio Dei (302-305), en que refuta a los Epicúreos, demasiado aferrados a ver en el hombre una criatura indigna de Dios; por lo demás, si alguna cosa falta al hombre, la razón suple (quae desunt ratio rependit); y también los órganos del cuerpo corresponden perfectamente a las funciones que deben desarrollar, y el alma espiritual es, desde luego, obra únicamente de dios.

La obra maestra de Lactancio se encuentra en sus Divinae Institutiones, que es a la vez una apología del cristianismo y una Introducción a la doctrina fundamental del mismo. En ella se

propone presentar la religión cristiana como una filosofía, íntimamente persuadido de que era necesario convertir las clases cultas y dirigentes para hacer posible la victoria de la fe mediante el triunfo de la cultura cristiana. Leyendo las Instituciones parecenos contemplar al rétor de Nicomedia, en espera del edicto de Milán, durante los ocios forzosos a que estaba reducido, por causa del ambiente persecutorio y rigorista. Y lo que sorprende en este africano es la base estrictamente romana y clásica sobre la que levanta su argumentación, para presentar el cristianismo como una verdadera y única filosofía: la idea de la justicia. Sabe conciliar el cristianismo con el clasicismo, demostrando hasta qué punto era sencillo y corto el tránsito de los mejores pensadores paganos a la nueva doctrina, siendo puente de unión la idea de la justicia, sostenida y aireada durante siglos por Roma. Sobre esta justicia funda la solución de los problemas morales y religiosos. Dios es padre y todos los hombres somos hermanos. Esto no puede realizarse con el politeísmo.

Lactancio debió escribir su obra entre los años 307 al 311. De los siete libros que consta los tres primeros son una especie de propeútica: I. No existe más que un Dios, y el politeísmo es absurdo. II. Es necesaria la religión, mas los cultos paganos no son el verdadero culto debido a Dios. III. La filosofía no puede suplir a la religión que el hombre necesita. ¿Dónde encontrará éste la verdadera? En el cristianismo, cuya verdad pone de relieve en el libro IV (dogmas que hay que creer: Dios, Cristo, los milagros, la Encarnación, las herejías, la Iglesia), y cuya moral, disciplina y enseñanzas sobre el fin del mundo, y la vida futura expone en los libros V-VII.

JUICIO SOBRE LACTANCIO.—Desde el punto de vista moral, Lactancio —dice Tixeront (1)— es un temperamento tranquilo, equilibrado, amigo de la paz, y cristiano sincero que cumple sin estrépito con sus deberes. Desde el punto de vista intelectual, es el tipo acabado del retórico y del hombre de escuela. Escribir bien, para él, no es expresar de una manera original y propia las ideas personales, consiste en imitar los grandes modelos de la antigüedad latina, especialmente Cicerón, introduciendo por doquiera en sus frases el orden, el equilibrio y la armonía. Es un verdadero clásico. Compose con claridad, y su lenguaje es tan puro cuanto la materia y la época se lo permiten; pero es forzosamente frío y acompasado. Los

humanistas le apreciaron mucho, denominándole el Cicerón cristiano, al cual se parece bastante en la misma blandura del carácter.

En cuanto a su teología es muy mediana. San Jerónimo dice de él: Lactantius quasi quidam fluvius eloquentiae Tullianae, utinam tam nostra confirmare potuisset quam facile aliena destruxit! (ep. 58, 10). Fue un crítico excelente de las teorías filosóficas paganas, pero como apologista es flojo, y respecto de los dogmas sólo el de la Providencia es el único que con perseverancia se esfuerza en esclarecer. Más digamos al momento, que no es justo someter a un juicio demasiado severo a Lactancio, teniendo en cuenta que se trata de un nuevo convertido, más profundo conocedor de la ciencia que ha abjurado que de la doctrina por él abrazada, todavía no suficientemente elaborada antes de los concilios y de las controversias teológicas del siglo IV.

EL "DE MORTIBUS PERSECUTORUM"

AUTENTICIDAD.—La historia de esta obra de Lactancio es muy curiosa. Después de la escueta afirmación de San Jerónimo habemus eius De Persecutione librum unum, todos los escritores posteriores guardan silencio por siglos del libro lactanciano, a pesar de citarse y conocerse las otras obras del mismo autor. Hasta el año 1679 no fue dado a luz por el humanista Estéfano Baluzio, que utilizó para ello un manuscrito del siglo XI, bastante mal copiado y probablemente de procedencia española (2). El P. Nicolás Le Nourry, monje de la Congregación de los Maurinos, nos cuenta en el prólogo de su edición del De mortibus (3), que dicho manuscrito llevaba varios siglos luchando con los gorgojos y las polillas hasta que el ilustre J. B. Colbert mandó reunir en su biblioteca todos los códices que pudieran hallarse. Por orden suya, D. Foucault recorrió todas las bibliotecas de Aquitania y en el mes de abril de 1678 estuvo en la abadía de Moissac, antiguo monasterio de la Orden de San Benito, que había llegado a albergar hasta mil monjes y que desde el siglo XVIII estaba en poder de los canónigos seculares. Allí fue recibido el preclaro comisario con los honores debidos a su rango y le mostraron un lugar, expuesto a la intemperie, donde se apilaban montones de manuscritos, malamente estropeados por la humedad. Escogió hasta doscientos cincuenta, de entre los más

antiguos y mejor conservados, alabando sobre todos el de Lactancio. Con permiso de los canónigos llevó a París los códices, que fueron diligentemente guardados en la biblioteca Colbertina. De aquí tomó el ejemplar Baluzio para hacer su edición.

El códice que perteneció primero a la abadía de Moussac (departamento Tarne et Garonne), luego a la biblioteca de Colbert con el núm. 1.297, y actualmente a la biblioteca nacional de París, tiene el núm. 2.627 de los misceláneos y es de muy difícil lectura por tener varias páginas en estado lamentable. Además debió ser copiado por un amanuense poco perito, y errores y lagunas se notan con frecuencia.

El manuscrito sólo tiene este título: *Lucii Caecilii incipit liber. La falta del cognomen del escritor dio bien pronto origen a discusiones entre los sabios, no faltando quienes negasen la paternidad del opúsculo al autor de las Institutiones* (4).

El confesor Donato, al cual está dedicado el libro, es el mismo del *De ira Dei*; las circunstancias de vida y ambiente son las mismas del autor de las *Institutiones*. El estilo es algo diverso por ser más vivo y conciso, pero ello se explica por el momento histórico en que apareció el *De mortibus*: es la explosión de alegría en la hora de la victoria del cristianismo, y después de la calma serena del escritor que había ido reprimiendo su entusiasmo ante la esperanza segura del triunfo de los oprimidos, brota de pronto en feliz ayuntamiento de materia y forma, colocándose entre los escritores de tradición africana.

La mejor demostración de la paternidad lactanciana del *De mortibus* está en el examen interno de la obra y en su comparación con las otras del mismo autor. El *De mortibus* desarrolla y completa la teoría esbozada en el *De ira* y en las *Institutiones* sobre la bondad divina, que siempre, por justicia, se hace acompañar del rigor entre aquellos que están fuera o persiguen al cristianismo.

La introducción del *De mortibus* está plagada de conceptos y expresiones de Lactancio: la existencia de un Dios único en contraposición con el politeísmo pagano, la Iglesia cristiana y la comunidad de los fieles considerados como templos de Dios; el pueblo cristiano, llamado pueblo justo por excelencia, las citas de las Sibilas, etcétera.

VALOR HISTÓRICO Y LITERARIO.—Lactancio nos ofrece en el *De mortibus* un primer ensayo cristiano de filosofía de la historia, co-

mo se podía escribir en la época de Constantino. Las Actas de los mártires habían ofrecido a la historia la sangre que fecundaba la nueva fe; las Apologías habían invocado ante las autoridades públicas el derecho a la vida del cristiano; las Institutiones pretendían convencer a las clases intelectuales. A la hora del triunfo el cristianismo podía volver la vista atrás y hacer recuento de los hechos pasados y demostrar la providencia de Dios con su Iglesia. Junto con Lactancio no olvidemos en este aspecto a Eusebio de Cesarea.

Desde el punto de vista literario, el De mortibus es una obra muy interesante, viva, penetrante, con algunas páginas llenas de calor y frescura, que superan en mucho a otros escritos del mismo Lactancio.

¿Y respecto de la historia? Debemos afirmar que se trata de un documento precioso también para la historia de la época de Diocleciano, lo cual no quiere decir que todas las apreciaciones de su autor pueden ser suscritas sin más, o que el criterio histórico de Lactancio coincida con la actual manera de escribir la historia. Un libro con tesis no puede ser solamente historia, desde el momento en que presenta los hechos y las personas unilateralmente y con un esquema preconcebido. Desde luego, la trama general de los hechos narrados por él se puede retener como exacta: el encuadramiento no interesa tanto al historiador como al filósofo. Es lógico que hallemos discrepancias con otras fuentes contemporáneas (Eusebio especialmente y casi exclusivamente); mas la razón estriba en la imposibilidad, aun para un narrador escrupuloso, de hallar la última causa de muchos hechos por su carácter reservado o también por tratarse de opiniones o interpretaciones demasiado personales. Ejemplo típico puede ser la explicación de los motivos que indujeron a Diocleciano a abdicar.

Ningún historiador podrá pasar por alto a Lactancio, pero es una fuente que convendrá usar con cautela. El emperador Decio será para él únicamente un execrable animal; y Marco Aurelio, por otra parte buen soberano, ha perseguido también a los cristianos. Contra Diocleciano empleará siempre el desprecio sistemático, fruto tal vez de sus años grises de Nicomedia, mientras reservará para Constantino la alabanza incondicional.

Después de los primeros y rápidos capítulos de introducción, demasiado comprimidos en vista del argumento y del título general

del libro, *Lactancio* pasa inmediatamente a narrar la época de la tetrarquía, a la cual dedica casi todas las páginas. Todo un importante capítulo de historia religiosa y profana revive bajo la pluma vibrante de *Lactancio*, que saca de sus recuerdos medio siglo de vida romana, sólo muy superficialmente tocados por sus tesis de escritor apologista. Por lo cual nos ha parecido conveniente añadir, a manera de apéndices, trozos de las historias de Eusebio de Cesarea y de Eutropio, escritores, por su formación antagónicos, que le sirvan al lector para contrastar las afirmaciones de *Lactancio*.

BIBLIOGRAFIA.—Después de la edición príncipe de Esteban Baluzio, en París el año 1679, han salido varias, ya separadas, ya juntamente, con las demás obras de *Lactancio*. La mejor edición de las obras completas, por no hablar de Migne, es la de S. Brandt-G. Laubmann en el CSEL, de Viena, 1890-97. Entre las ediciones antiguas del *De mortibus*, comentadas con más abundancia que rigor científico, merecen citarse: F. Eduardus a S. Xaverio, Romae, 1759, y I. B. Le Brun, París, 1748. Para nuestra traducción hemos usado el texto de la edición crítica de I. Pesenti, del *Corpus Paravianum* (Turín, 1934), que es la más moderna que se conoce. Asimismo hemos utilizado el comentario de L. de Regibus, Turín, 1937, que se distingue por la claridad y precisión. Para más amplia información bibliográfica, recúrrase a Pesenti y de Regibus, o también a B. Altaner, *Patrología*, Madrid-Barcelona, 1944, páginas 121-124.

NOTAS

- (1) J. TIXERONT, *Curso de Patología*, Barcelona, 1927, pág. 162.
- (2) I. PESENTI, *De Mortibus...* Turín, 1934, Praefatio, XI.
- (3) París, 1710, pág. 1.155.
- (4) S. BRANT en *Berliner Philol.*, *Wochenschrift*, 49 (1903), col. 1.257.

SOBRE LA MUERTE DE LOS PERSEGUIDORES

I

Argumento y tesis general del libro: una vez pasada la tormenta de la persecución contra la Iglesia, resulta aleccionador recordar la justicia de Dios contra los malvados, enemigos de su nombre.

Escuchó el Señor tus oraciones, Donato carísimo (1), las cuales solías hacer en su presencia a cada momento (2) cuando estabas encarcelado, y asimismo oyó el Señor las de los otros hermanos nuestros que por medio de gloriosa confesión (3) consiguieron para sí la corona, como premio de su fe. Ahora ya, aniquilados todos los adversarios, restablecida la paz por toda la tierra, la hasta hace poco perseguida Iglesia, de nuevo se levanta, y con mayor honra es edificado, por la misericordia del Señor, el templo de Dios (4), que por los impíos había sido destruido. Pues ha suscitado el Señor unos príncipes (5) que han dado al traste con los criminales y sangrientos gobiernos de los tiranos y miran por el bien de la humanidad hasta el punto de que, como si hubieran barrido los nubarrones de tan calamitosos tiempos, la paz, risueña y serena, colma de júbilo todos los corazones. Ahora, después de la tolvenera de la negra tempestad, alumbrá el aire sereno y la deseada luz; ahora, aplacado Dios con las plegarias de sus siervos, ha levantado con su auxilio celestial a los postrados y afligidos; ahora es cuando ha enjugado las lágrimas de los atribulados al poner fin a la confabulación de los impíos. Los que se habían empeñado en contender con Dios yacen derribados, los que

habían destruido su santo templo cayeron ellos con mayor estrépito, los que habían martirizado a los justos, con castigos del cielo y con tormentos apropiados, hubieron de entregar sus almas malvadas. Un poco tarde, es cierto, pero al fin con severidad y como era de justicia (6). Había ido dando largas Dios al castigo de los tales, para hacer con ellos grandes y admirables escarmientos, con los cuales los venideros aprendiesen que no hay más que un solo Dios (7), el cual es a la vez juez que sabe aplicar castigo a los impíos y perseguidores. Me pareció bien dejar testimonio escrito del fin que los mismos tuvieron, para que todos, los que habitaran en otras regiones o que después habían de vivir, tuvieran conocimiento del poder y majestad que el gran Dios despliega en arrasar y borrar el nombre de sus enemigos (8). No estará fuera de lugar si me decido a comenzar mi narración desde el principio, desde la fundación de la Iglesia, indicando quiénes fueron sus perseguidores y poniendo de manifiesto la severidad del juez celestial y las penas con que tomó venganza de ellos.

NOTAS

- (1) Conocemos a este Donato únicamente a través de las repetidas alusiones de Lactancio, quien ya le había dedicado su opúsculo *De ira Dei*, y aquí le recuerda como a uno de los más esforzados confesores de la fe cristiana. Vivía en Nicomedia y tal vez habría recibido las sagradas órdenes. Durante la persecución de Diocleciano fue sometido durante nueve veces a tormento por los gobernadores Flacino, Hierocles y Prisciano. Estuvo durante seis años recluso en la cárcel, hasta el año 311 en que salió libre por efecto del edicto de tolerancia promulgado por Galerio Maximiano a la hora de su muerte. Véase más adelante cap. 34.
- (2) Toda esta parte se encuentra en el código colbertino bastante corrompida y ha sido reconstruida conjeturalmente por los críticos.
- (3) Conviene recordar la distinción entre mártir (que daba su vida por la fe) y confesor (quien habiendo sufrido tortura no había perdido la vida en ellas). Véase el cap. 35 y también JERON. *Ep.* 82, n. 7.
- (4) El templo de Dios es la comunidad cristiana.
- (5) Estos príncipes eran Constantino y Licinio.
- (6) Estos conceptos son más ampliamente desarrollados en el *De ira Dei*.
- (7) Es argumentación fundamental en los escritos de Lactancio la prueba de la unicidad de Dios.
- (8) Con la frase anterior nos da Lactancio la enunciación de la tesis que se propone demostrar en su libro *De mortibus persecutorum*.

II

Los discípulos del Señor se desparraman por el mundo después de su ascensión a los cielos. San Pedro y San Pablo sufren martirio en Roma por orden de Nerón, el cual muere miserablemente, dando origen su fin a las más extrañas leyendas.

En los últimos años de Tiberio César (1), como leemos escrito, nuestro Señor Jesucristo fue crucificado por los judíos el día décimo de la kalendas de abril (el 23 de marzo), siendo cónsules los dos Géminos. Habiendo resucitado al tercer día, reunió a sus discípulos, a los cuales el miedo de la prisión de su Maestro había puesto en fuga, y durante cuarenta días estuvo conviviendo con ellos, les iluminó el corazón y les interpretó las Escrituras, que hasta entonces habían estado oscuras e ininteligibles para ellos, y les preparó y adiestró para la predicación de sus dogmas y doctrinas, disponiendo de este modo la promulgación del Nuevo Testamento. Terminada esta misión le envolvió una nube, y desapareciendo a los ojos de los hombres fue arrebatado al cielo. Y desde aquel momento los discípulos, que eran doce, habiendo puesto en lugar del traidor Judas a Matías y a Pablo, se desparramaron por toda la tierra para predicar el Evangelio, conforme les había ordenado su Maestro y Señor, y durante veinticinco años, hasta los comienzos del imperio de Nerón, echaron los cimientos de la Iglesia por todas las provincias y ciudades. Gobernando ya Nerón (2), Pedro llegó a Roma, y habiendo obrado algunos milagros, que hacía con el poder recibido del mismo Dios, convirtió a muchos a la justicia (3) y levantó así a Dios un templo fiel y permanente. Llegados a oídos de Nerón tales hechos, como advirtiese que no sólo en Roma, sino que en todas partes y a diario gran muchedumbre se retiraba del culto de los ídolos y pasaba a la nueva religión detestando la antigua, como era execrable y criminal tirano (4), se decidió a destruir el celestial templo y a terminar con la justicia, y empezó persiguiendo, en primer lugar, a los siervos de Dios, clavando en una cruz a Pedro y matando con espada a Pablo (5). Pero no quedó sin castigo, pues volvió Dios sus ojos hacia la vejación de que era objeto su pueblo. Arrojado de su dignidad imperial y privado de tanta grandeza, el impotente tirano desapareció repentinamente, sin quedar en la tierra ni rastro de la

sepultura de tan mala bestia (6). De donde algunos soñadores creen que ha sido arrebatado y guardado vivo, por decir la Sibila (7) que un matricida prófugo había de aparecer en los últimos tiempos, para que quien fue el primer perseguidor lo sea también el último y preceda a la venida del Anticristo. Y hasta se puede creer, porque al igual que algunos santos dicen que, como dos profetas (8) fueron trasladados vivos antes del reinado santo y eterno de Cristo hasta los últimos tiempos en que el Señor vuelva a la tierra, del mismo modo piensan que también habría de venir Nerón como precursor del diablo (9) y abriendo el camino del devastador de la tierra y del género humano.

NOTAS

- (1) Tiberio subió al trono el año 14 de la era cristiana y murió a los 78 años, el 16 de marzo del 37. Lactancio pone en el 23 de marzo el día de la crucifixión de Cristo, en el año 29 de nuestra era, 782 de la fundación de Roma. Téngase en cuenta que nuestra era no empieza precisamente en el nacimiento del Señor, pues Dionisio el Exiguo, que hizo los cálculos, se equivocó en unos cinco años después.
- (2) Nerón reinó del 54 al 68.
- (3) Para Lactancio se identifican la verdadera religión con la justicia en el Cristianismo, y éste es uno de los conceptos básicos de las *Instituciones*.
- (4) Lactancio no escatima los epítetos denigrantes y bajos cuando se trata de calificar a los perseguidores de la Iglesia.
- (5) San Pedro debió ser crucificado el 29 de junio del 67 en el monte Janículo (San Pedro in Montorio) y colocado cabeza abajo, por no considerarse digno de ser tratado como su Maestro. San Pablo, como ciudadano romano, fue decapitado el mismo día en el lugar denominado *Tre Fontane* (cerca de la basílica de su nombre en la Vía Ostiense), por las tres fuentes que brotaron al dar tres botes su cabeza cortada.
- (6) Suetonio (*De caes.* 6, 47) y Tácito (*His.* 3, 68), nos dicen expresamente que Nerón se suicidó en su villa de la vía Nomentana.
- (7) Lactancio admite de buen grado y recurre con frecuencia a la autoridad de los libros sibilinos, mientras la crítica moderna considera apócrifos tales vaticinios.
- (8) Estos dos profetas son Enoch, padre de Matusalén (*Gén.* 5, 24) y Elías (4 Reg. 2, 1-11). La tradición cristiana, apoyada en la Escritura, admite que estos dos profetas reaparecerán al fin del mundo y después morirán para resucitar con todos en el juicio final.
- (9) El término *diabolus* era desconocido a los escritores latinos y lo tomaron del griego del Nuevo Testamento, tomando pronto el significado de enemigo de Cristo, más amplio y completo que el simple de calumniador.

III

Domiciano fue el segundo perseguidor del Cristianismo y terminó asesinado, mientras la Iglesia se iba extendiendo más que antes.

Pasados algunos años, surgió después de Nerón otro tirano no menor: Domiciano (1), quien, a pesar de su odiosa dominación, supo tener durante largo tiempo sometidas las cabezas de sus vasallos con toda seguridad hasta que levantó sus manos sacrílegas contra el Señor. Porque cuando se decidió ya, por instigación del demonio, a perseguir al pueblo justo, entonces, entregado en manos de sus enemigos, hubo de pagar sus delitos. Ni fue suficiente castigo ser asesinado en su misma casa, pues hasta el recuerdo de su nombre fue borrado (2). Habiendo levantado muchas y admirables construcciones, habiendo hecho el Capitolio (3) y otros soberbios monumentos, hasta tal punto persiguió el senado su nombre, que no dejó ni rastro de sus estatuas ni de sus inscripciones, ordenando bajo severísimas penas, que después de muerto, fuese quemado su nombre para ignominia sempiterna. Abolidos así todos los decretos del tirano (4), la Iglesia, no solamente volvió a su primitivo estado, sino que brilló con mayor claridad y resplandor, y siguiendo otros tiempos, en los que muchos y buenos príncipes (5) sostuvieron el timón y régimen del Imperio, no sufriendo ningún golpe de parte de sus enemigos, extendió sus brazos por oriente y occidente, de modo que ya no había ningún rincón de la tierra, tan remoto, a donde no hubiere penetrado la religión de Dios, ni nación alguna de tan fieras costumbres, que por no recibir el culto de Dios no se inclinase suavemente hacia las obras de santidad. Pero más tarde, tan larga paz fue rota.

NOTAS

- (1) El nombre de este emperador falta en el código, pero se suple por conjetura y por el contexto así como por el testimonio de Juvenal, Tertuliano, Ausonio, Eusebio, etc., que hacen de Domiciano un segundo Nerón y un perseguidor de los cristianos. Desde luego que de los quince años de su reinado (81-96) sólo los tres últimos, al decir de Tácito y Suetonio, fueron los más agitados y aborrecidos por la lucha del emperador con la aristocracia y por sus impuestos, debidos en parte a las guerras y en parte a la manía constructiva. Entre las víctimas de Domiciano conviene recordar a Flavio Clemente, su primo y colega en el consulado; a la mujer de éste, Flavia Domitila, la desterró, y también a San Juan Evangelista le confinó a la isla de Patmos, donde escribió la Apocalipsis.
- (2) El mismo senado recibió con gran alegría la noticia de su muerte y ordenó la *damnatio memoriae*, mandando borrar su nombre de las inscripciones públicas (*Suet. De caes.* 23).
- (3) Más que hacer el Capitolio se refiere a restauraciones llevadas a cabo por Domiciano después del incendio de Roma por Nerón.
- (4) Entre los acuerdos de Nerva, anulando o corrigiendo los decretos de Domiciano, conviene recordar en primer término el que dio a favor de los cristianos librándolos de las persecuciones del fisco, que antes los incluía entre la clasificación de judíos y les obligaba a pagar el dracma, impuesto de capitación que abonaban éstos.
- (5) La crítica moderna no puede aceptar por buena la afirmación de Lactancio sobre una larga paz para la Iglesia desde Domiciano a Decio. Las Actas de los mártires nos recuerdan no pocos períodos de recrudecimiento, con los Antoninos sobre todo.

IV

El emperador Decio vuelve a perseguir a los cristianos y fue derrotado y muerto por los bárbaros, quedando insepulto y presa de las aves de rapiña.

Después de muchos años apareció un execrable animal, Decio (1), que se propuso maltratar a la Iglesia, para ¿quién si no el perverso (2) gusta de perseguir la justicia? Y como si para este fin hubiera alcanzado la cima del poder, al momento empezó a maquinara locuras contra Dios, para al momento caer de su altura. Porque haciendo la guerra a los carpos, que habían ocupado por aquel entonces la Dacia y la Mesia, copado por los bárbaros y aniquilado con gran parte de su ejército, ni siquiera pudo hallar el honor de ser enterrado, sino que, despojado y desnudo, como correspondía a un enemigo de Dios, sirvió de festín a las fieras y a las aves.

NOTAS

- (1) Este emperador reinó del 249 al 251 y murió combatiendo con los Godos, que habían invadido las provincias de la Dacia y la Mesia. De espíritu conservador, pretendió restaurar las glorias de Roma. En el campo religioso moral exigió de todos los ciudadanos una profesión de lealtad, según el culto tradicional, por lo cual fueron castigados muchos cristianos. Entre los mártires ilustres figura el papa San Fabiano. San Cipriano, obispo de Cartago, se salvó a duras penas y es buen testigo de aquellos tiempos. Los que obedecían la orden de sacrificar recibían un certificado (*libellatici*) como garantía. Se han conservado papiros egipcios que nos revelan tales documentos. Los que apostataban se llamaban *lapsi*.
- (2) La Historia nos dice que el juicio de Lactancio es demasiado severo. Decio fue con todo un buen emperador, pero la tesis del autor le obliga a incluirle en el encasillado de los fieros perseguidores, que recibe muerte ejemplar.

Valeriano persiguió igualmente el cristianismo. Prisionero de los persas, transcurrió los últimos años en humillante esclavitud.

No mucho después (1) también Valeriano, atacado de semejante locura, intentó levantar sus manos pecadoras contra Dios y derramó mucha sangre inocente, aunque por breve tiempo. Mas a éste Dios le afligió con un nuevo y extraño género de castigo, para que sirviera a las generaciones futuras de escarmiento puesto que los enemigos de Dios siempre acaban recibiendo el pago merecido por sus crímenes. Este emperador, hecho prisionero por los persas (2), no sólo perdió el Imperio, que con tanta petulancia había ejercido, sino también la libertad, que él a otros había quitado, viviendo ya el resto de su vida en ignominiosa esclavitud. Pues el rey de los persas, Sapor, el mismo que le había apresado, si alguna vez deseaba subir a su coche o montar a caballo, ordenaba al romano que se postrase ante él y ofreciera sus espaldas, y poniendo su pie sobre las mismas le recordaba que aquélla era su verdadera situación, burlándose entre risotadas, no a la manera con que en cuadros y frisos los romanos quisieran representarle. Así hubo de vivir aquel pobre derrotado durante algún tiempo, para que el nombre romano fuera objeto de ludibrio y escarnio entre los bárbaros. Además, vino a acrecentar su pena el hecho de que, teniendo un hijo emperador, no pudo encontrar quien vengara su cautiverio y extrema esclavitud y ni siquiera se intentó su rescate (3). Por último, cuando acabó su vida miserable en medio de tanta vileza, le arrancaron la piel y la separaron de sus entrañas, y habiéndola pintado de púrpura la llevaron al templo de sus bárbaros dioses (4) y la colocaron como trofeo de su esclarecido triunfo para mostrársela a nuestros embajadores a fin de que no confiasen demasiado los romanos en sus fuerzas, viendo los restos de un príncipe prisionero entre los ex votos de sus dioses. A la vista de las penas que Dios impone a los sacrílegos, ¿no maravilla que se atrevan después algunos no ya a obrar, sino a maquinarse contra la majestad del Dios único que rige y tiene sometidos a todos los seres?

NOTAS

- (1) Apenas un bienio después, porque Valeriano fue emperador del 253 al 259. De origen senatorial y presidente de esta asamblea, fue colaborador y continuador de Decio. Persiguió el cristianismo especialmente en la organización y en la jerarquía. Su hijo Galieno, asociado desde los primeros años y durando hasta el 268, suspendió la persecución, que no favorecía sus miras políticas. Vid. Eusebio, *H. E.* 8, 13 y Cipriano, *ep.* 80.
- (2) En 260 Valeriano, mientras marchaba contra Sapor I, rey de los persas, cayó en una emboscada y quedó prisionero. A la vez graves acontecimientos amenazaban en Occidente la unidad política del imperio, resultando sumamente difícil la situación de Galieno.
- (3) Parece ser que Galieno, en vez de preocuparse por libertar a su padre, intentó más bien hacer olvidar hasta el nombre de Valeriano.
- (4) Los persas, hasta época relativamente reciente, no habían empezado a construir templos. El mitraísmo (a pesar de haberse infiltrado en la misma Roma) siempre podía considerarse como una religión bárbara en comparación con la mitología clásica.

VI

Apenas había decretado los edictos de persecución Aureliano cuando fue apuñalado por sus mismos familiares.

Aureliano (1), que era de natural loco y de índole impetuosa, aun acordándose del cautiverio de Valeriano, olvidándose empero de su pecado y de la pena correspondiente, provocó la ira de Dios con crueldades. Pero no pudo ni llevar a cabo lo que había maquinado, sino que de repente, a los mismos comienzos de su loco propósito, encontró la muerte. No habían llegado aún sus sanguinarios edictos a las más remotas provincias, cuando ya él mismo yacía por tierra en Cenofrurio (2), lugar de la Tracia, muerto por sus mismos allegados a causa de una falsa sospecha (3). Sería conveniente que los tiranos posteriores se reprimieran a la vista de tales y tantos ejemplos; mas ellos, en vez de atemorizarse, obraron todavía con mayor audacia y confianza en contra de Dios.

NOTAS

- (1) Gobernó del 270 al 275 y fue un emperador relativamente bueno, defendió las fronteras, prosiguió la reorganización militar de Galieno y Claudio II y procuró la paz interior. Fue asesinado en una revuelta militar cuando marchaba contra los persas.
- (2) Localidad de la Tracia (entre Heraclea y Bizancio). Su biógrafo Vopisco dice que el emperador "fue asesinado por intrigas de su secretario y por mano de Mucapor", y Aurelio Víctor "por artes de un esclavo suyo", mientras Eusebio recoge una tradición que atribuye la muerte a un rayo, como expresión de la venganza divina.
- (3) Lactancio parece seguir la opinión de Aurelio Víctor, según el cual los asesinos fueron algunos oficiales de su séquito imperial, a los cuales un esclavo habría hecho creer que Aureliano trataba de deshacerse de ellos.

VII

Diocleciano oprime al pueblo con la tetarquía y las correspondientes reformas, no logrando resolver la crisis económica, a pesar de imponer precios oficiales.

Diocleciano (1), que inventó crímenes y proyectó maldades (2), por haber trastocado todas las cosas ni siquiera pudo abstenerse de obrar contra Dios (3). La avaricia y el miedo (4) le llevaron a revolucionar el mundo entero. Porque hizo a tres más participantes de su gobierno, habiendo dividido el orbe en cuatro partes (5) y aumentando sus ejércitos hasta el punto de que cada uno de ellos llegaba a tener mayor número de soldados que tuvieron anteriormente los príncipes cuando ellos solos gobernaban toda la república. Y creció tan considerablemente el número de los que cobraban rentas sobre los contribuyentes, que llegando la enormidad de los impuestos a agotar las posibilidades de los colonos, los campos eran abandonados (6) y las tierras cultivadas se volvían salvajes. Y para que el terror llegase al colmo se hizo una nueva división de las provincias con pésimo resultado. Se empezaron por crear muchos presidentes y nuevos cargos (7) para cada una de las regiones y casi para las mismas ciudades; asimismo, muchos procuradores, fiscales y magistrados y vicarios de los prefectos. Tales autoridades rara vez se concretaban a sus funciones civiles, sino que más bien se ejercitaban en frecuentes condenas y proscripciones, se dedicaban a exigir continuos tributos por infinitos conceptos, a establecerlos de manera perpetua y a cometer vejaciones insoportables en el modo de reclamarlos. Ni eran menos intolerables los procedimientos para reclutar soldados. Además, no quería (Diocleciano), a causa de su insaciable avaricia, que el erario disminuyera por ningún motivo, y de ahí su sistema de imponer nuevas y extraordinarias contribuciones con objeto de que el depósito guardado permaneciera siempre íntegro e inviolable. Pretendió establecer una ley que fijara los precios de las mercancías (8), pues a causa de sus manejos agiotistas había sobrevenido una gran carestía. Entonces ocurrió que, por causa de cosas insignificantes y viles, se derramó mucha sangre, mas nadie demostraba miedo en tratándose de vender, y una carestía mucho peor fue creciendo hasta que la antedicha ley, después de costar la vida a muchos, fue desterrada. A esto se juntaba cierto afán infinito de

edificar con no menor carga para las provincias que debían proporcionar los obreros y artesanos, los medios de transporte y cuantos materiales y herramientas eran necesarios para construcciones de este género. Aquí, basílicas (9); allí, circos; acá, fábricas de moneda; allá, arsenales de armas; en este sitio, una casa para la esposa; en el otro, para la hija. De pronto, la mayor parte de la población ciudadana emigra. Marchaban todos con sus mujeres y sus hijos como si la urbe hubiera sido tomada por enemigos. Y cuando había terminado tales edificaciones a costa de la ruina de las provincias, decía: “No parece que se han hecho debidamente, será necesario levantarlas de otro modo”. Otra vez a derribar y cambiar para que, a lo mejor, de nuevo hubiera que volver a tirarlo. Así siempre andaba metido en tales locuras, pretendiendo que Nicomedia llegase a igualar a Roma. Y paso por alto los muchos que hubieron de perecer por causa de sus riquezas y posesiones: tal procedimiento parecía corriente y hasta lícito en el modo de obrar de los malvados. Lo más admirable era que, como viese un campo mejor cultivado o un edificio de bella ornamentación, levantaba al dueño una calumnia y le imponía la penal capital, como si no pudiera arrebatarse lo ajeno sin derramar sangre.

NOTAS

- (1) Reinó del 285 al 305, implantando la diarquía hasta el 293, y después la tetrarquía (Diocleciano, Maximiano, Costanzo Cloro y Galerio), hasta la abdicación de los dos primeros augustos en 305.
- (2) Al empezar a tratar Lactancio de este “inventor de crímenes y organizador de maldades”, nos indica que los anteriores capítulos no fueron sino introducción de los que ahora siguen, y que él se complace por el presente en describir morosamente hechos vistos y vividos.
- (3) Aunque al principio Diocleciano fue tolerante y parece cierto que hasta existieron suntuosas iglesias, como lo atestigua el próximo cap. 12, hasta en la misma Nicomedia, y aunque el mismo Diocleciano había ofrecido a Lactancio la cátedra de elocuencia, aquí el escritor no ve en tal emperador más que al autor de la gran persecución y proyecta todo un cuadro de sombras para hacer resaltar este hecho.

- (4) Con poca imparcialidad Lactancio atribuye a afán de dinero las medidas fiscales y a cobardía los gastos militares, cuando en realidad Diocleciano era menos responsable que sus antecesores de las actuales calamidades.
- (5) Diocleciano pretendía con la tetrarquía asegurar mejor la autoridad en todas las provincias y a la vez acabar con las luchas por la sucesión, pero no lo consiguió. Los dos césares (Costanzo Cloro y Maximiano Galerio), después de haber sido asociados a los dos augustos (Diocleciano y Maximiano Hercúleo), debían sucederles, escogiendo a su vez dos nuevos césares. Las cuatro partes fueron el Oriente, reservado para sí, con residencia en Nicomedia; Italia y Africa para Hercúleo, con residencia en Milán; el Ilírico y los Balcanes para Galerio, con sede en Sirmio de la Pannonia, y el resto, más allá de los Alpes (las Galias, la Britania y España), para Costanzo, con la capital en Tréveris.
- (6) La presión fiscal no puede ir más allá de lo justo. Los impuestos excesivos que gravitan sobre los labradores hacen que no tenga cuenta cultivar la tierra, por llevarse el fisco todas las ganancias. Por consecuencia, el abandono de la agricultura agravó la situación.
- (7) Alude Lactancio a la reforma burocrática emprendida por Diocleciano, la cual creó una completa jerarquía de funcionarios con todos sus inconvenientes. Estos eran los *rationales*, especie de contables o procuradores del fisco, siendo sus funciones parecidas a las de los *magistri (aeris)* o magistrados. Los *vicarii praefectorum* no han sido perfectamente identificados y parece eran como jueces o suplentes a las órdenes de los presidentes de las nuevas circunscripciones, que, como se sabe, constaban de prefecturas, diócesis y provincias.
- (8) Esta ley no dio resultado alguno, porque una crisis económica no se puede resolver mediante un decreto. El edicto apareció en 301. Después de señalar las razones de utilidad pública que obligaban a una tal medida, seguía una lista con los precios en dinero y después las sanciones: pena de muerte a quien vendiese a precios más elevados, a los acaparadores que ocultaban las mercancías, etc. Por último se justificaba tal rigor con la gravedad de la situación.
- (9) Se refiere a las basílicas paganas o salas para administrar justicia, lonjas de contratación, etc.

VIII

Retrato de Maximiano Hercúleo, que fue asociado como augusto al poder por Diocleciano.

¿Pues qué decir de su hermano (1) Maximiano, llamado el Hercúleo? (2). No le era desemejante, ni hubieran podido estrecharse en una amistad tan fiel si no hubieran tenido un mismo pensar, una misma intención, igual voluntad e idéntico sistema. En esto diferían, en que uno era más avaro, pero de ánimo más apocado, de mayor timidez; en el otro, la avaricia era menor, mas de mayor resolución, no para lo bueno, sino para lo malo. Pues estando en posesión de la sede el Imperio que se encontraba en Italia, y estándole además sometidas las riquísimas provincias ya de Africa ya de España (3), no se mostraba muy diligente en conservar semejantes tesoros, creyendo que tenía sobradas riquezas. Mas si se veía en apuro, no le faltarían acaudalados senadores que, mediante testigos falsos, se les acusase de aspirar al Imperio, tanto que iban apagándose con demasiada frecuencia las lumbres del Senado. El erario público rebosa, por estos procedimientos, de riquezas mal adquiridas. Nada digamos de la lujuria pestífera de este hombre, no sólo para corromper a los jóvenes, lo cual es repugnante y detestable, sino que llegaba hasta violar las hijas de las personas principales. Pues por donde iba de viaje quería tener siempre a su disposición a las doncellas arrancadas de los brazos de sus padres. Con tales hazañas se consideraba dichoso y creía la suma felicidad de su imperio si no negaba nada a liviandad y concupiscencia. Paso por alto a Costanzo, porque fue muy distinto de los demás y el único digno de haber gobernado el mundo.

NOTAS

- (1) No era hermano de Diocleciano, pero es llamado así por haberle asociado éste al poder, y como veremos, eran llamados hijos de los augustos los césares elegidos para sus sucesores.
- (2) Diocleciano se llamó a sí mismo Jóveo y Maximiano Hercúleo. Tal circunstancia puede relacionarse con la nueva concepción político-religiosa del imperio.
- (3) España pertenecía al César Costanzo; pero como éste estaba a las órdenes del augusto, por eso puede decir Lactancio indistintamente Africa o España, refiriéndose al Hercúleo.

IX

Perversas cualidades de Galerio Máximo, elevado a César por el emperador Diocleciano.

El otro Maximiano (1), a quien Diocleciano había elegido por yerno, no sólo fue peor que estos dos, a quienes hubimos de soportar en nuestros días, sino que superó a todos los tiranos que han existido. A semejante bestia le era connatural la barbarie y ferocidad, tan ajena a la sangre romana. No es extraño, pues su madre era transdanuviana, y al invadir los carpos la Dacia (2) nueva se había refugiado en la parte de acá del río. Su cuerpo era compatible con sus costumbres, de gran estatura, de muchas carnes, abundantes y desproporcionadas en su horrenda monstruosidad. Finalmente, a todos asustaba con sus palabras y acciones y hasta con su presencia. Su mismo suegro le temía no poco. Y la causa fue la siguiente: Narsés, rey de los persas, animado con el ejemplo de su abuelo Sapor, pretendía ocupar el Oriente con un gran ejército. Entonces Diocleciano, como temía los grandes tumultos por ser de ánimo apocado y acordándose al mismo tiempo del ejemplo de Valeriano, no se atrevió a salir al encuentro de los persas, sino que mandó a Maximiano por Armenia, quedándose él en Oriente, esperando los acontecimientos. Maximiano, usando de estratagemas, no le fue difícil vencer a los bárbaros, que acostumbran a salir a campaña con todas sus cosas, entorpecidos por la muchedumbre y cargados con los bagajes. Habiendo hecho huir al rey Narsés, volvió con mucho botín y dinero, llenándose él de soberbia y Diocleciano de temor. Y a tanta llegó su hinchazón después de esta victoria, que ya tenía en poco el nombre de César. Y sintiéndose llamar de esta manera en unas cartas que recibió, con feo semblante y terrible voz exclamó: “¿Hasta cuándo voy a ser César?” Desde entonces empezó a obrar con enorme insolencia, hasta querer ser tenido y considerado por hijo de Marte, como otro Rómulo, pretendiendo que se echase sobre su madre Rómula la infamia del estupor con tal de ser tenido él por descendiente de dioses. Pero no quiero hablar ahora de sus hechos para no confundir los acontecimientos. Mas cuando ya hubo conseguido el tratamiento de emperador (3), desentendiéndose de su suegro, entonces fue cuando se entregó a

las mayores locuras, despreciando a todos. Diocles —pues así se llamaba antes del imperio—, aun habiendo trastornado la república con tales procedimientos y con tales compañeros; a pesar de merecer tanto por sus mismos crímenes, reinó empero sumamente feliz, mientras supo mantener limpias sus manos de sangre de los justos. Mas cuál fuese la causa de perseguir a los cristianos la expondré ahora.

NOTAS

- (1) Este es Galerio Maximiano, para distinguirle del Hercúleo. Diocleciano le dio por esposa su hija Valeria.
- (2) La Dacia, comprendida entre el río Tisia, a la izquierda del Danubio, y los Cárpatos, había sido sometida por Trajano; pero 170 años después, en tiempos de Aureliano, había sido prácticamente abandonada a los Godos, replegándose los colonos romanos a la derecha del danubio, y desde entonces se llamó Dacia aureliana o nueva. La madre de Galerio pertenecía a la población refugiada en la orilla derecha del Danubio.
- (3) Entiéndase la dignidad de augusto, de la cual fue investido cuando logró hacer abdicar a su suegro.

X

Incidentes entre paganos y cristianos como preludio de la gran persecución.

Estando en Oriente, y gustando por supersticioso temor averiguar los sucesos futuros, inmolaba animales y pretendía ver el porvenir en las entrañas de las víctimas. Entonces algunos de los asistentes que creían en Dios y asistían a la inmolación, hicieron sobre sus frentes el signo inmortal (1), y ante este hecho los demonios huyeron y el sacrificio quedó turbado. Andaban atolondrados los arúspices y no veían en las entrañas los acostumbrados indicios, y como si no hubieran ofrecido, volvían a inmolarse. Mas vueltas a matar otras bestias nada indicaban, hasta que el jefe de los arúspices, Tages, bien por sospecha o bien porque lo hubiera visto, dice que preciosamente no responden los ritos, porque hombres profanos (2) asisten a las ceremonias divinas. Entonces Diocleciano, ciego de ira, ordena que sacrifiquen no sólo los que estaban presentes al culto, sino todos los que estaban en el palacio, y si se negasen, serían castigados con azotes, y dando orden por escrito a los jefes militares, manda que también los soldados sean obligados a tan nefandos sacrificios, y los que no obedeciesen fueran licenciados de la milicia; hasta aquí llegó su ira y furor, y por entonces no hizo más contra las leyes y la religión de Dios. Después, habiendo pasado algún tiempo, vino a Bitinia (3) a pasar el invierno, y allí llegó también Maximiano, ya César, ansioso de hacer mal y dispuesto a perseguir a los cristianos, instigando para ello a un anciano falto de juicio, que ya había dado los primeros pasos. La causa de su furor fue la siguiente, según yo he podido saber.

NOTAS

- (1) La señal de la cruz.
- (2) Personas aun no iniciadas en los sagrados misterios, las cuales, como quiere decir su misma etimología, debían quedar fuera del recinto sagrado.
- (3) Nicomedia, que era la capital de Bitinia y residencia de Diocleciano.

XI

Galerio, instigado también por su madre, anima a Diocleciano a perseguir a los cristianos.

Era su madre adoradora de los dioses de los montes (1), mujer en extremo supersticiosa (2). La cual, estando en Nicomedia (3) casi a diario, ofrecía sacrificios y daba a sus vecinos para que participasen del banquete sagrado. Los cristianos se abstenían de tales comidas, y mientras ella banqueteaba con los gentiles, ellos persistían en sus ayunos y oraciones. Por este motivo concibió animosidad contra los cristianos y azuzó a su hijo, no menos supersticioso que ella, con hablillas femeninas para que se decidiera a acabar con tales hombres. Así tuvo con Diocleciano durante todo el invierno consultas (4), a las cuales nadie era admitido, creyendo todos se estarían tratando los más importantes asuntos de estado; mas el anciano no estaba por acceder a semejante locura, pareciéndole que sería sumamente perjudicial soliviantar todo el orbe y derramar la sangre de tantas personas. Que los cristianos acostumbraban a morir hasta con gusto, que bastante sería prohibir que los palaciegos (5) y soldados perteneciesen a tal religión. Mas no pudo convencer del todo la locura de hombre tan decidido. Optó, pues, por escuchar el parecer de los amigos. Porque llegaba a tanto su malicia, que cuando determinaba hacer una cosa buena, la hacía sin oír consejos, para que todo redundase en alabanza propia; pero cuando se trataba de algo malo, porque sabía habría de suscitar críticas, entonces llamaba muchos a consulta, para que echasen la culpa a ellos, siendo él el culpable. Convocados algunos jueces y oficiales del Ejército, se les iba pidiendo parecer conforme a su dignidad. Algunos, dejándose llevar de su odio contra los cristianos, juzgaron que se les debía exterminar como a enemigos de los dioses y de su religión, y los mismos que opinaban otra cosa, conociendo de antemano el pensamiento del emperador, o ya por temor, o ya por hacer méritos, estuvieron de acuerdo con la misma sentencia. Pero ni aun así se doblegó Diocleciano para decidirse a obrar, sino que juzgó lo mejor consultar a los dioses y envió un arúspice a Apolo Miliesio (6). Este respondió como enemigo de la religión divina. Fue arrastrado finalmente de su propósito, y ya que no podía oponerse ni a sus amigos, ni al César, ni

a Apolo, se esforzó en guardar moderación y en que semejante asunto pudiese llevarse a cabo sin derramamiento de sangre, aun cuando pretendía el César que fueran quemados vivos los que se negasen a sacrificar.

NOTAS

- (1) La madre de Galerio, Rómula, adoraba los dioses de los montes, es decir, Cibeles y Diana.
- (2) Para los escritores cristianos, los paganos celosos de su religión eran llamados supersticiosos.
- (3) El códice, dice el lugar, que desde luego debía ser Nicomedia, por todo el contexto.
- (4) Que Galerio tuviera durante todo el invierno deliberaciones con Diocleciano, parece exagerado. Más bien debe querer expresarse el intervalo de tiempo que medió entre la persecución militar y la general.
- (5) Estos palaciegos debían ser los funcionarios civiles, que según la concepción político-religiosa de Diocleciano, era bastante que ellos y el Ejército mantuvieran su fidelidad pagana al imperio.
- (6) La respuesta del oráculo de Apolo, en tal materia, se tenía descontada. El templo de Apolo se levantaba en Dídima, cerca de Mileto (Asia Menor).

XII

Empieza la gran persecución con la destrucción de la iglesia de Nicomedia.

Se busca, para llevar a cabo este negocio, un día apto y oportuno (1), y se considera el mejor las fiestas Terminales (2), que ocurren el día séptimo de las calendas de marzo, para que sean como el término de tal religión.

“Aquel día fue el primero de las muertes, el primero de los males fue la causa” (3):

que a los cristianos y al mundo entero sobrevinieron. Al amanecer este día, ejerciendo el consulado dos ancianos: uno, la octava, y el otro, la séptima vez (4); de pronto, cuando todavía era entre dos luces, el prefecto, con los oficiales, tribunos y alguaciles, se presentó en la iglesia. Después de descerrajar las puertas buscan el simulacro de Dios (5), queman los libros sagrados que hallaron, reparten entre todos el ajuar, roban, se agitan, van de acá para allá. Los emperadores, desde un observatorio, pues estando edificada en una altura la iglesia, se veía muy bien desde el palacio, estuvieron tratando mucho tiempo entre ellos si convendría mejor pegarle fuego. Prevaleció el parecer de Diocleciano, quien temía se quemase parte de la ciudad al provocar un tan gran incendio, porque el templo estaba rodeado de casas, y algunas, magníficas, por todas partes. Por último llegaron los pretorianos en perfecta formación (6), armados de hachas y de otras herramientas, y abalanzándose sobre el edificio aquel por todos los sitios, en pocas horas lo arrasaron hasta el suelo.

NOTAS

- (1) Por tratarse de una empresa de importancia había que iniciarla en un día que fuera fausto, según la mentalidad pagana clásica, que distinguía los días en fastos y nefastos.
- (2) Las fiestas del dios Término (dios de los confines o linderos) se celebraban el 23 de febrero y se colocaban con tal ocasión coronas y tortas de harina junto a las piedras o mojones de las lindes.
- (3) Cita de Virgilio, Eneida, 4, 169.
- (4) En el año 303 los dos viejos augustos ejercían el consulado por octava y séptima vez Diocleciano y Maximiano, respectivamente. Lactancio cita por el año consular, conforme era costumbre.
- (5) Según su mentalidad pagana buscaban la estatua o simulacro del dios cristiano, como si tal imagen fuese el objeto principal del culto.
- (6) Tal despliegue de funcionarios primero y de fuerza después, denota que quiso revestirse de gran solemnidad la demolición de la iglesia de Nicomedia, como para inaugurar oficialmente la persecución general.

XIII

Diocleciano publica su edicto de persecución. Un cristiano destruye un ejemplar y se le da una muerte entre torturas.

Al día siguiente (1) se expuso un edicto ordenando que los pertenecientes a aquella religión carecerían de todo honor y dignidad (2), estarían sujetos a los tormentos, de cualquier orden o graduación de donde procediesen, y contra ellos sería valedera cualquiera actuación, negándoseles el derecho a reclamar por injuria, adulterio o robo y considerándoseles privados de libertad y voz. Este edicto cierto cristiano (3), si no con prudencia, al menos con gran valentía, lo arrebató e hizo pedazos, burlándose de que se hablase en el mismo de las victorias de los Godos y Sármatas (4). Al momento fue prendido y no sólo fue atormentado, sino más bien concienzudamente asado en medio de una admirable paciencia, hasta que por último murió en el fuego.

NOTAS

- (1) Al día siguiente, es decir, el 24 de febrero del 303. La fecha varía algo en Eusebio y en la Crónica alejandrina; pero la diferencia de unos días puede explicarse por la sucesiva publicación del edicto en ciudades alejadas de la residencia imperial y distintas para los que nos han transmitido la noticia.
- (2) Lactancio hace un resumen del edicto que dejaba a los cristianos privados de todos los derechos y expuestos a todas las injurias de robos, adulterios, violencias, etc., sin que la ley pudiera defenderlos.
- (3) Lactancio no aprueba el acto de aquel cristiano, que obró arrebatado del celo, pero con poca prudencia, pues su acción sólo podía exacerbar más a los perseguidores. Tertuliano, empero, lo hubiera alabado. Eusebio nos dice que aquel cristiano era persona principal por su nacimiento y posición.
- (4) La alusión no podía ser más sarcástica: no eran capaces de vencer a los bárbaros y despliegan todo su poder en perseguir a indefensos cristianos, que eran buenos patriotas.

XIV

XIV. Para incitar más a Diocleciano contra los cristianos, Galerio pretende hacer recaer sobre ellos la acusación de incendiarios.

Pero el César no estaba contento con las disposiciones del edicto y se dispone a atacar a Diocleciano por otro capítulo. Pues para arrastrarle a que decretase una cruel persecución, puso fuego al palacio (1) por medio de criados escondidos, y habiendo ardido parte del edificio, los cristianos eran acusados de enemigos públicos, y entre el odio general, ardía el nombre cristiano junto con el palacio. Se les achacaba de haber tramado una conspiración con los eunucos para acabar con los príncipes, y que, desde luego, los dos emperadores, vivos y todo, casi se habían abrasado en su misma casa. Diocleciano, entre tanto, que siempre gustaba de aparecer astuto e inteligente (2), nada pudo sospechar, sino que, inflamado en ira, empezó al instante a dar tormento a los suyos. Se sentaba e iba tostando al fuego a los inocentes. Otro tanto hacían todos los jueces y todos los magistrados que vivían en el palacio, pues recibieron facultades para aplicar la tortura. Andaban forcejeando por ver quién podía hallar primero alguna pista; pero nunca encontraban nada, pues a nadie se le ocurría atormentar la servidumbre del César. El, en persona, se hallaba presente y azuzaba, no pudiendo consentir que le venciera en enojo un anciano enfurecido. Mas a los quince días volvió a maquinarse otro incendio, y, aunque fue localizado más pronto, el autor no apareció. Entonces el César, que tenía preparada su marcha en medio del invierno, se fue aquel mismo día, asegurando que prefería huir a ser quemado vivo.

NOTAS

- (1) Eusebio no hace referencia a este hecho. Bien pudo ser incendio. Se pudo dar una interpretación malintencionada al hecho, imperial tal vez no fuera tan perfecto como para impedir algún incendio. Se pudo dar una interpretación malintencionada al hecho, como en el incendio de Roma por Nerón, y el mismo Lactancio recoger este rumor, como interpretación de los hechos.
- (2) Nótese ya cómo Lactancio busca todas las expresiones que puedan presentar a Diocleciano como digno de desprecio y juguete de los manejos de Galerio.

XV

Crueldad de la persecución contra los cristianos

Entre tanto, el emperador se enfurecía, no sólo contra los de su casa, sino contra todos. Y en primer lugar obligó a mancharse con ofrendas sacrificales a su hija Valeria y a su esposa, Prisca. Los más poderosos eunucos (1) fueron matados, los cuales, en otro tiempo, llevaban el peso del palacio y el mismo emperador ponía en ellos su confianza. Asimismo, muchos ancianos y ministros, sin ninguna prueba (2) y sin admitirles declaración, fueron condenados con todos los suyos. Personas de todo sexo y edad eran llevadas al fuego, mas no uno a uno, por ser tanta la muchedumbre, sino gregariamente se les quemaba, poniendo fuego alrededor. A los criados, atándoles al cuello ruedas de molino, se les arrojaba al mar. Y la persecución contra el resto del pueblo no fue menor en violencia, porque fueron distribuidos jueces por todos los templos para obligar a todos a sacrificar (3). Las cárceles estaban llenas, se discurrían los más inauditos géneros de tormentos, y para que nadie pudiera defender inconsiderablemente su derecho, se colocaron aras en las mismas salas de justicia en el lugar de los tribunales, para que los litigantes sacrificasen primero y después defendiesen sus causas. Acercarse, pues, a los juzgados, equivalía a ir a los templos de los ídolos. Se les enviaron igualmente órdenes a Maximiano y a Costanzo para que hiciesen lo mismo, a pesar de que su parecer, en asunto de tanta trascendencia, no había sido requerido. Y, desde luego, el anciano Maximiano accedió gustosamente en toda Italia, pues no era muy dado a clemencia. Y el mismo Costanzo, con objeto de no aparecer como si disintiera de los preceptos de los mayores, permitió que se destruyeran los lugares de reunión de los cristianos, que al fin son paredes que podían volver a levantarse, mas el templo de Dios, que está dentro de los hombres, lo conservó incólume.

NOTAS

- (1) Entre estos eunucos tal vez haya que colocar a Pedro, Doroteo, Gorgonio y otros, mencionados por Eusebio en su *H. E.* 8, 6.
- (2) No se olvide que el delito de cristiano, por su misma naturaleza, excluía gran parte de los procedimientos judiciales normales y que la mejor prueba consistía en la declaración del procesado.
- (3) Este sistema parece el mismo que el empleado por Decio, exigiendo el sacrificio individual a los dioses como acto de lealtad política, con lo que resultaba mucho más difícil evadirse a la persecución, ya que se prescindía de la acusación de cristiano.

XVI

Heroica actitud del cristiano Donato durante los largos años de la persecución.

Era vejada toda la tierra, y a excepción de las Galias (1), del oriente hasta el ocaso, las tres despiadadas bestias cometían toda clase de atrocidades.

No podría yo aunque tuviera cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro abarcar todas las suertes de crímenes y reseñar todos los nombres de los suplicios (2),

que los jueces, por las varias provincias, infirieron a los justos e inocentes. ¿Mas qué necesidad hay de contarte estas cosas, sobre todo a ti, Donato carísimo (3), que por encima de todos hubiste de experimentar la borrasca de la procelosa persecución? Pues habiendo caído en las manos del prefecto Flácino, no pequeño asesino, y después en las de Hierocles (4), convertido de vicario en presidente, que fue el fautor y principal consejero de la persecución, y, finalmente, en las de Prisciliano (5), su sucesor, diste a todos pruebas de una invencible fortaleza. Habiendo sido sometido durante nueve veces a los tormentos y torturas, nueve veces venciste al perseguidor con tu gloriosa confesión, nueve victorias reportaste del diablo y de sus satélites, con nueve triunfos saliste vencedor del siglo y de sus terrores. ¡Qué agradable espectáculo debió ser para Dios contemplarte victorioso, no entre blancos caballos e imponentes elefantes (6), sino teniendo subyugados a tu carro, sobre todo, a los mismos triunfadores! Este es el verdadero triunfo: cuando los dominadores son dominados. Vencidos fueron y sometidos por tu valor al tiempo en que, despreciando las órdenes infames, desbarataste todo el aparato y fantasmagorías del tiránico poder con una fe firme y un ánimo esforzado. Nada pudieron conseguir de ti los azotes, nada los garfios, ni el fuego, ni el hierro, ni los infinitos modos de dar tormento. Ninguna fuerza fue bastante poderosa para arrebatarte la fe y la devoción. Esto es ser discípulo de Dios, esto es ser soldado de Cristo, a quien ningún enemigo podrá vencer, ningún lobo arrebatarse de los campamentos celestiales, ningún lazo cazarle, ningún dolor vencerle, ningún suplicio afligirle. Por último, después de las nueve gloriosísimas batallas en las cuales venciste al diablo, éste no se atrevió más a pelear contigo, que había probado en tantas

luchas no poder superarte. Y sabiendo que te estaba reservada la corona del triunfo, dejó de provocarte más, para que no pudieras alcanzarla; mas aunque no la hayas conseguido por el momento, sin embargo, la tienen guardada en el reino del Señor como premio a tus virtudes y méritos. Mas volvamos al orden de los acontecimientos.

NOTAS

- (1) No parece esto exacto del todo, si hemos de creer al Martirologio "*pridie nonas octobris*" y a Eusebio, al final de su escrito sobre los mártires palestinos. Lactancio busca todas las ocasiones para disculpar a Costanzo, padre de Constantino, a quien libra del epíteto de bestia que aplica a los otros tres.
- (2) Cita de Virgilio, Eneida, 6, 625-627.
- (3) Puede creerse fácilmente que este Donato, a quien Lactancio dedica su libro, fuera personaje de categoría cuando tanto tiempo le tuvieron preso con miras a su apostasía y no se atrevieron a darle muerte, cuando con tan pocos miramientos procedían con los demás.
- (4) Tal vez pueda identificarse este Hierocles con aquel adversario del cristianismo a que hace referencia Lactancio en las *Inst.* 5, 2 y 3. Fue gobernador (*vicarius*) de Palmira y después prefecto de Bitinia. Publicó un libro contra los cristianos titulado "El amigo de la verdad".
- (5) Es recordado como presidente de la Bitinia y perseguidor refinado por el mismo Martirologio romano *pridie Idus Iunias*.
- (6) Los generales romanos victoriosos acostumbraban el día de su triunfo en Roma a ir montados en una carroza tirada por blancos caballos. En la época imperial se introdujo la costumbre oriental de que imponentes elefantes sustituyesen a los caballos. Donato podía ver postrados ante sí el día de su triunfo, no a caballos y elefantes, sino a los mismos emperadores castigados por Dios.

XVII

Diocleciano, después de haber asistido en Roma a las fiestas de su vigésimo aniversario, vuelve a Nicomedia enfermo.

Habiendo llevado adelante la perpetración de su crimen, Diocleciano, de quien ya la felicidad se había retirado, marchó al momento a Roma, para celebrar allí su vigésimo aniversario, que había de ocurrir el día duodécimo de las calendas de diciembre (1). Y después de celebrar semejante solemnidad, no pudiendo soportar la procacidad del pueblo romano (2), impaciente y de mal humor, salió de la ciudad, encima ya las calendas de enero, en las cuales le correspondía tomar el noveno consulado (3). Mas no pudo aguantar trece días para ser nombrado cónsul en Rávena mejor que en Roma, y saliendo en lo más crudo del invierno, azotado por el frío y las lluvias, contrajo una ligera, pero pertinaz enfermedad (4), y sintiéndose molesto, era llevado la mayor parte del camino en litera. Así pasó hasta el verano, dando la vuelta por la costa de Histria (5) hasta llegar a Nicomedia, cuando ya la enfermedad le atacaba más. Viéndose angustiado por la misma, todavía quiso que le condujeran para asistir a la inauguración del circo que había mandado construir en recuerdo de su vigésimo aniversario. A todo esto, hasta tal punto se sintió oprimido por su dolencia, que se hacían rogativas a todos los dioses por su salud, hasta que en los idus de diciembre (6) de pronto todo fueron llantos en el palacio, tristeza y lágrimas de los jueces, desorientación y silencio por toda la ciudad. Ya no sólo le tenían por muerto, sino que se decía le habían incluso sepultado, cuando otra vez, al día siguiente, de mañana, se empezó a susurrar que vivía, cambiándose con tal motivo en contento las caras de los criados y jueces. No faltaron quienes aseguraban que se ocultaba su muerte hasta que el César viniese, para evitar cualquier revuelta o novedad por parte de los soldados. Semejante sospecha prevaleció de tal forma que ya nadie creía que viviese de no haberse mostrado en público en las calendas de marzo (7), y, aunque estaba desconocido, como después de haberse pasado todo un año enfermo. Y si bien en los idus de diciembre, después de quedar como muerto volvió a recuperar sus facultades, pero no del todo, pues quedó como demente y a ratos parecía que enloquecía y durante otros momentos volvía a su cordura (8).

NOTAS

- (1) El 20 de noviembre del 303. Era costumbre celebrar con grandes fiestas tal acontecimiento, tanto más que no era frecuente en los anales imperiales poder conmemorar tales aniversarios.
- (2) El pueblo romano se atribuía el derecho de poder decir a sus generales victoriosos y luego a sus emperadores en las circunstancias más solemnes, todo lo que se le ocurriera.
- (3) El consulado se había reducido a una pura dignidad honorífica, no siendo ni sombra del pasado. Los emperadores disponían para sí o para sus deudos de tal cargo.
- (4) Con tan ligeras indicaciones es imposible averiguar la especie de enfermedad. Tal vez fuera algún catarro gripal que se fue complicando por las molestias del viaje.
- (5) Tal vez dicho itinerario era menos escabroso y más abrigado por la proximidad de la costa adriática.
- (6) El 13 de diciembre.
- (7) El 1 de marzo.
- (8) Más que de verdadera demencia debe entenderse de pérdida o aminoramiento de sus facultades, como lo demuestra el capítulo siguiente.

XVIII

Galerio consigue audazmente la renuncia de Diocleciano y del otro augusto.

No muchos días después vino el César (1), no a felicitarle como a padre, sino a obligarle a que abdicara el imperio. Ya había tenido recientemente cuestión por este mismo asunto con Maximiano, y como anciano le había atemorizado con la amenaza de la guerra civil. Acometió (2), por tanto, a Diocleciano primeramente con suavidad y amigablemente, diciéndole que ya era anciano, que empezaba por tener menos fuerzas y volverse imponente para administrar la cosa pública, que debía descansar de tantos trabajos. A la vez le puso delante el ejemplo de Nerva (3), que había cedido el imperio a Trajano. Pero él decía que resultaba indecoroso si después de una tan sublime gloria por la grandeza de su cargo se veía reducido a la oscuridad de una vida humilde y, además, resultaba inseguro, porque en tan largos años de gobierno es natural que hubiese concitado contra sí los odios de algunas personas. Que el caso de Nerva era distinto, pues no habiendo imperado más que un año, al no poder sobrellevar el peso de tantas obligaciones por su edad o por no estar acostumbrado, había abdicado el mando de la república y vuéltose a la vida privada, en la cual envejeció. Mas si lo que pretendía era alcanzar el título de emperador (4), no encontraba dificultad en que todos se denominasen Augustos. Pero él (Galerio), que se había hecho ya amo del mundo en sus locas esperanzas, viendo que solamente el nombre o poco más era lo que iba a conseguir, respondió que debía guardarse su disposición, y esto para siempre, de que hubiera en la república dos mayores, que entendieran en todos los asuntos principales, a su vez dos menores que les sirvieran de ayuda, porque entre dos es fácil guardar buena armonía, pero entre cuatro con iguales atribuciones, de ninguna manera. Si él (Diocleciano) no quería ceder, ya sabía lo que tenía que hacer para no ser por más tiempo el menor y relegado al último lugar. Ya habían pasado quince años desde que fue destinado al Ilírico, es decir, a la orilla del Danubio, para estar luchando continuamente con gentes bárbaras, mientras los demás gobernaban estupendamente en tierras más extensas y tranquilas. Después de oír tales cosas el débil anciano, que ya había recibido cartas del

viejo Maximiano en la que contaba las cosas que Galerio le había dicho y estaba en conocimiento del aumento de tropas en su ejército, gemebundo (5) dijo: Hágase todo conforme a tus deseos. Sólo restaba que la elección de los Césares se hiciese conforme al parecer de todos.

—¿Pero qué necesidad hay de pedir pareceres —arguyó Galerio—, si ellos no tendrán más remedio que dar por bueno lo que nosotros hagamos?

—Así será, desde luego; pues será conveniente nombrar Césares a sus hijos (6).

Tenía Maximiano un hijo llamado Majencio, que era yerno de este otro Maximiano, hombre de perversas inclinaciones y malos sentimientos, tan soberbios y rebeldes que ni a su padre ni a su yerno acostumbraba a prestar veneración, y por lo mismo, era odioso a uno y otro. También Constancio tenía otro hijo, Constantino, intachable joven y muy digno de aquel cargo, que por su noble y bella presencia, por su experiencia militar, por sus buenas costumbres y su cortesía singular era amado por los soldados y bien querido por los particulares, y entonces estaba allí (7), ya de antes nombrado por Diocleciano tribuno de la primera legión.

—¿Qué haremos entonces? —dijo Diocleciano.

—Aquél —dijo Galerio, refiriéndose a Majencio— no es digno. Quien siendo todavía una persona particular me despreció a mí, ¿qué hará cuando reciba la autoridad?

Mas éste (se refería a Constantino) es amado de todos y gobernará, seguramente, mejor que su mismo padre y hasta juzgará con más clemencia.

—Sí; se llevarán las cosas de forma que yo no pueda hacer lo que quiera. Por tanto, habrá que elegir aquéllos que estén completamente de mi parte, que tengan temor, que no hagan nada sin mi permiso.

—¿A quiénes vamos a elegir, pues?

—A Severo —dijo Galerio.

—¿A ese salteador, bullanguero y borracho, para quien la noche es día y el día sirve de noche?

—Es digno, porque ha mandado muy bien a sus soldados, y ya se lo he enviado a Majencio para que lo invista.

—Está bien. ¿Y el otro, quién quieres que sea?

—Este —dijo, señalando a Daya, cierto joven semibárbaro, a quien hacía poco que Maximiano ordenó usara su mismo nombre. Pues a él Diocleciano le había cambiado también el nombre, sobre todo por razones de buena suerte, porque Maximiano se mostraba muy fiel en la práctica de la religión.

—¿Quién es éste que me presentas?

—Un pariente —dijo.

Y él, lamentoso, contestó:

—No son hombres idóneos los que me señalas, a los cuales pueda encargárseles la administración del Estado.

—Los tengo muy experimentados —afirmó.

—Pues tú verás lo que haces, pues eres quien al fin se va a encargar del gobierno. Yo bastante trabajé y me preocupé para que durante mi mandato no sufriera mengua la república. Si ahora llega a ocurrir algo desagradable, no será mía la culpa.

NOTAS

- (1) Galerio llegaría de su residencia de Sirmio, si no quiere referirse Lactancio a algún viaje del César por Italia, donde había hecho presión sobre Maximiano y parece darlo a entender la frase “recientemente”.
- (2) Lactancio, a diferencia de las otras fuentes, no admite la espontaneidad de la abdicación de Diocleciano. El diálogo probablemente es inventado, pretendiendo únicamente el escritor dar a conocer los diferentes puntos de vista de Diocleciano y Galerio.
- (3) Nerva había abdicado el año 90 y después de un año de imperio, renunciando a favor de Trajano, gobernador de la Germania superior y muy querido del Ejército y del Senado.
- (4) Es decir, de agosto.
- (5) Lactancio busca todos los medios de presentar a Diocleciano digno de lástima y desprecio más que de compasión.
- (6) Para entender esta respuesta de Diocleciano téngase en cuenta que Maximiano Hercúleo tenía como hijo a Majencio, marido de una hija de Galerio, y Costanzo Cloro tenía a su hijo Constantino. En éstos debía lógicamente pensarse como sucesores de sus padres, dado que Galerio no tenía más que un hijo natural (Candidiano, de quien se habla más adelante), el cual era aún niño.
- (7) Estaba en la corte, no presente al diálogo. Era el jefe o tribuno de la primera legión, que tenía a su cargo la custodia personal del emperador, y desde luego veremos a Constantino junto a Diocleciano en el capítulo siguiente.

XIX

Ceremonia de la abdicación de Diocleciano.

Después de los precedentes acuerdos, llegó el día de las calendas de mayo (1). Todos tenían sus miradas clavadas en Constantino y nadie abrigaba dudas. Todos los soldados que estaban presentes y lo más escogido y aguerrido de entre los soldados legionarios, que sólo con mirarle a él se alegraban, le deseaban todos los bienes y hacían votos por su prosperidad. Había un lugar elevado a las afueras de la ciudad, como a unos tres mil pasos, en la cual altura el mismo Maximiano había sido investido con la púrpura, y donde se erigió como recuerdo una columna con la enseña de Júpiter. Allá se dirige la muchedumbre. Se convoca a alocución a los soldados, y entre lágrimas, el anciano les dirige unas palabras, en las cuales manifiesta la necesidad que tiene de descanso después de tantos trabajos y por hallarse ya incapacitado, que el imperio convenía entregarlo a hombros más robustos, y estaba decidido a elegir nuevos Césares. Cunde la expectación por saber quiénes serán los escogidos. Por último, anuncia que Severo y Maximiano serán los Césares. Todos quedan extrañados. Sobre el tablado principal se encontraba también Constantino. Otra vez la muchedumbre empieza a dudar, pensando si le habrán cambiado el nombre a Constantino; pero en medio de la general admiración, alarga Maximiano su brazo hacia atrás y hace salir a primera fila a Daya (pasándole delante de Constantino, que es relegado), y despojándole de su vestido privado, le coloca en medio. Todos inquieran quién es y de dónde procede. Mas nadie se atreve a reclamar, porque todos están atónitos ante una salida tan inesperada. A éste le colocó Diocleciano su púrpura, y al desnudarse de la misma, quedó otra vez convertido en Diocles. A continuación bajan todos, y el veterano emperador cruza la ciudad en un coche y sale fuera, siendo despedido hacia su patria (2). Mientras Daya (3), que hacía poco había dejado las fieras y las selvas, pero que de simple escudero fue ascendido rápidamente por los grados de guardia imperial y tribuno hasta la reciente dignidad de César, recibió el oriente para pisotearlo y tritularlo, pues siendo hombre que no entendía de milicia ni de política, vendría a ser pastor, no de ovejas, sino de soldados.

NOTAS

- (1) El día 1 de mayo del año 305. Aquel día abdicaron ambos augustos, como escribe también Eutropio, 9, 27.
- (2) Diocleciano se retiró a una villa cercana de la ciudad de Salona y todavía identificable, por sus grandiosas ruinas, junto a la moderna Spalato (*Salonae-Palatium*), en la otra orilla del Adriático.
- (3) Daya era hijo de una hermana de Galerio, y por eso en el diálogo anterior con Diocleciano le llama *affinis*, pariente.

XX

Ambiciosas aspiraciones de Galerio sobre el dominio universal.

Maximiano Galerio, que había conseguido eliminar a los dos ancianos, haciendo lo que era su ilusión, se tenía ya por amo absoluto de todo el mundo. Y aunque Costanzo debiera ser preferido por su antigüedad, le hacía poco aprecio, por ser de natural suave y estar enfermizo. Pensaba que moriría pronto, y si esto no llegaba, él le arrebataría con facilidad, aun por la fuerza, el cargo, ¿Qué remedio le quedaba si los tres colegas le presionaban a abdicar el imperio? Tenía Galerio un amigo y camarada de sus primeros tiempos de soldado, llamado Licinio (1), y de quien gustaba aconsejarse en todos sus asuntos. Con todo, no quiso nombrarle César, para no considerarlo como hijo, sino que, pasando después a ocupar el puesto de Costanzo, le pudiera llamar Augusto y hermano, y entonces él, colocándose el primero, pudiera tiranizar a placer a todo el mundo, y al llegar a su vigésimo aniversario, abdicar y nombrar César a su hijo, que entonces contaba nueve años. Entonces, al tener el mando supremo Licinio y Severo, y los cargos de Césares Maximiano y Candidiano, bien defendido por un muro inexpugnable, podría pasar una segura y tranquila ancianidad. Esto es lo que daban a entender sus maquinaciones. Pero Dios, de quien se había hecho enemigo, disipó todas sus cavilaciones.

NOTA

- (1) Valerio Liciano Licinio se llamaba. El hijo suyo de nueve años se llamaba Candidiano, como ya dijimos. Era hijo natural y reconocido, pues de Valeria no había tenido familia.

XXI

Abuso de poder y refinada crueldad de Galerio.

En posesión ya de la máxima (1) autoridad, dirigió todos sus esfuerzos a atormentar el orbe, puesto que ninguna cosa se lo impedía. Después que hubo vencido a los persas, los cuales tienen por tradición y costumbre consagrarse al servicio de sus reyes, y los reyes tienen a sus súbditos por esclavos, este sistema fue el que quiso implantar en tierra romana hombre tan soberbio. Desde los días de su victoria siempre estaba alabando dicha costumbre. Y como se trataba de una cosa que no era posible mandar abiertamente, obraba de modo que terminase quitando la libertad a todas las personas. Lo primero que hizo fue suprimir los honores (2). Eran sometidos a tormento, no sólo los decuriones (3), sino los primates de las ciudades, los varones egregios y los dignatarios (4), y aun en causas civiles y sin importancia. Si parecía que merecían la muerte, estaban prontas las cruces; si la cosa no llegaba a tanto, al punto se echaba mano de los grillos. Matronas nobles y de buena familia eran llevadas al gineceo (5). Si había necesidad de azotar a alguno, había cuatro potros en una habitación, en los cuales ni siquiera a los esclavos se les estiraba. ¿Para qué referir sus distracciones y gustos? Tenía unos cuantos osos que competían en ferocidad y grandor, los cuales había ido eligiendo durante todo el tiempo de su imperio. Cuando quería divertirse ordenaba que se le trajese alguno de éstos, nombrándolos por su nombre, a los cuales echaban las personas, no ya para que se las comieran, sino para que fueran como engullidas. Al ver cómo quedaban triturados los miembros de las víctimas, se reía plácidamente. Y no podía cenar sin haber derramado sangre humana. Para aquellos que carecían de dignidad, la pena corriente era el fuego. Tal suplicio lo había autorizado primeramente contra los cristianos, publicando leyes para que, después de ser atormentados, fueran quemados a fuego lento. Al ser desatados del palo se les ponía primeramente debajo de los pies una llama ligera hasta que la planta empezaba a contraerse por el fuego y aparecían los huesos. Después encendían teas, y cuando se hacían ascuas, las aplicaban a cada una de las partes del cuerpo, hasta que no quedase en el mismo lugar intacto. Y a todo esto,

rociaban con agua fría la cara de las víctimas y refrescaban con líquido su boca, con objeto de que no se les secasen las fauces y expirasen pronto, lo cual ocurría finalmente cuando después de un día entero toda la piel se había recocado y la intensidad del fuego había penetrado las mismas entrañas. Acto seguido cremaban los cadáveres en una hoguera dispuesta al efecto. Cogían los huesos y después de reducirlos a cenizas los arrojaban a los ríos o al mar (6).

NOTAS

- (1) Podía considerarse máxima la autoridad de Galerio, puesto que el otro augusto, Costanzo, por su carácter apacible y de salud delicada, no podía hacerle sombra.
- (2) Suprimió el *cursus honorum* o carrera de los honores, no queriendo someterse a leyes ni tradiciones en este punto.
- (3) Los decuriones eran magistrados municipales y gozaban de especiales privilegios, entre otros el no ser sometidos a tortura como los *humiliores*.
- (4) Según la jerarquía burocrática eran distintos los *virī egregiī* (gobernadores de provincias u oficiales de la Corte) de los *virī perfectissimi*, título correspondiente a los magistrados y que nosotros hemos traducido por dignatarios.
- (5) El "gineceo" era el departamento reservado a las mujeres en las viviendas de los ricos. Había también talleres u obradores públicos donde las mujeres trabajaban y que recibían igual nombre. Por la construcción de la frase latina podemos colegir que las matronas eran obligadas a trabajos de esta índole, si no quiere pensarse todavía algo peor.
- (6) Con objeto de sustraer las reliquias al culto.

XXII

Grados que alcanza la crueldad de Galerio.

Los procedimientos que había ido aprendiendo de atormentar a los cristianos los ponía luego en práctica con todos. Para él no había penas ligeras, ni destierros a islas, ni cárceles, ni condenas a trabajos forzados en las minas, sino que el fuego, la cruz y las fieras eran para él cosa corriente y diaria. Los familiares y funcionarios eran corregidos a golpes de lanza. En las condenas a muerte la decapitación por espada sólo se concedía a pocos, a manera de beneficio que por servicios antiguos alcanzaban tan buena muerte. Y todavía estas cosas parecerían llevaderas en comparación con las siguientes: la elocuencia aherrojada (1), los abogados defensores, suprimidos; los jurisconsultos, o desterrados o muertos; el conocimiento de las letras era tenido entre las artes prohibidas, y los que tal poseían, como a enemigos peligrosos, se les aislaba y aborrecía. El capricho más desenfrenado, al abolirse todas las leyes, regía a los jueces. A las provincias se enviaron jueces militares, brutales por su ignorancia e incultura y actuar sin asesoramiento.

NOTA

- (1) Tal vez Lactancio habla aquí de males sufridos por él mismo, dada su condición de maestro de retórica.

XXIII

Decreta Galerio una revisión del censo y de los tributos con pésimas consecuencias.

Mas la calamidad pública y el luto común que alcanzó a todos fue un tributo impuesto a todas las provincias y ciudades, y que, apenas anunciado, ya los cobradores andaban por todas partes exigiendo las cuotas, lo que daba apariencia de saqueo y horrible cautiverio. Los campos eran medidos surco a surco, las viñas y los árboles se contaban uno por uno, se anotaban los animales de toda especie, se reseñaban todas las personas, las muchedumbres campesinas eran reunidas y las plazas públicas rebosaban con los rebaños de familias. Cada uno tenía que comparecer con sus hijos y siervos. Por todas partes sonaba el ruido de palos y torturas infligidas; los mismos hijos eran colgados del potro para declarar contra sus padres; los más fieles esclavos, contra sus amos, y las esposas, contra sus maridos. Si aun esto no daba resultado, contra sí mismos eran atormentados, y cuando ya el dolor les vencía, declaraban aquello que no poseían. No se admitían excusas por edad o estado de salud. Enfermos e inválidos eran clasificados, y al anotar su edad a los niños se les aumentaban años y a los ancianos se les quitaba. Todo lo llenaba el llanto y el abatimiento. Lo que los antepasados habían hecho con los vencidos, en virtud del derecho de la guerra, ahora él se atrevió a hacer otro tanto contra los romanos y los pueblos sometidos a ellos, como represalia de que sus ascendientes hubieran sido sometidos a censo, cuando Trajano impuso como vencedor tal pena a los dacios por sus continuas rebeliones. Después de tales vejaciones, las personas quedaban convertidas en rehenes hasta tanto que pagaban su tributo y podían recobrar su libertad. Sin embargo, no se fiaban de los primeros agentes del censo, sino que enviaban otros nuevos sobre los anteriores, como si hubieran de encontrar doble número de personas y, desde luego, siempre las duplicaban, aunque tal no hallasen, pues para justificar que no habían cumplido su misión en balde, añadían a capricho nuevos nombres. Entre tanto, disminuían los animales y morían las personas, y a pesar de todo, había que pagar contribuciones por los muertos, para que ni vivir ni morir pudiera hacerse de balde. Sólo quedaban los mendigos, a los cuales

nada podía exigirles, a quienes su miseria y pobreza había preservado de tales desgracias. Pero siendo Galerio hombre tan misericordioso, también se compadeció de ellos. Para que no pasasen más calamidades, mandó reunirlos a todos, y metiéndolos, en embarcaciones, los arrojaron al mar. ¡A tal extremo llegaba la compasión de este hombre, que no consentía hubiera ningún pobre durante su gobierno! Así, pues, al tiempo que provee para que nadie escape al censo simulando mendicidad, mataba a su vez a grandes muchedumbres de verdaderos infelices, contra todo derecho de humanidad.

XXIV

Constantino, logrando escapar de Galerio, llega a tiempo de recibir la investidura imperial de su padre moribundo.

Ya le andaba rondando a Galerio el castigo de Dios y se acercaba el momento en que sus cosas tendían a marchar mal y precipitarse a la ruina. Aún no había concebido el propósito de derrocar y eliminar a Costanzo, por hallarse ocupado en los asuntos más arriba expuestos. Esperaba más bien su muerte, aunque no creía hubiera de ocurrir tan pronto. El cual, sintiéndose gravemente enfermo, envió cartas a Galerio para que le mandase a su hijo Constantino y poder verle, porque hacía mucho tiempo que estaban ausentes. Mas Galerio no era del mismo parecer. Ya de antiguo había procurado hacerle todo el mal posible a Constantino, aunque insidiosamente, pues a cara descubierta no se atrevía por temor a provocar en contra suya una guerra civil, y lo que aún le causaba más espanto, llevarse el odio del ejército. Bajo pretexto de ejercicio y lucha le había expuesto a las fieras; pero en vano, pues la mano de Dios protegía a su persona, librándole de las asechanzas de Galerio. En aquel mismo grave percance, pues ocurrió que, pidiendo insistentemente Constantino a Galerio le firmara los pasaportes, no pudo negarse por más tiempo y lo hizo después de anochecer, ordenándole que al día siguiente temprano partiera, después de recibir las últimas instrucciones, con el propósito de entretenerle con cualquier achaque o de escribir antes a

Severo, para que éste le retuviera. Lo cual, como lo sospechase Constantino, esperó a que se acostase el emperador después de cenar, y al instante se dio prisa a marchar, y echando mano de todos los caballos públicos de muchas estaciones (1), voló. Al día siguiente el emperador durmió deliberadamente hasta media mañana y mandó llamarle. Le dicen que inmediatamente después de la cena había partido. Comienza a indignarse y enfurecerse. Pedía los caballos públicos para hacerle volver; pero le comunican que la posta pública está desprovista de ellos. Apenas podía contener las lágrimas. Entre tanto, Constantino, que había corrido con increíble celeridad, llegó hasta su padre (2), ya moribundo, quien se lo recomendó a los soldados, y le hizo entrega, por propia mano, del imperio. Así pudo hallar en su mismo lecho el descanso de su vida, como siempre había deseado. Al recibir Constantino Augusto el imperio no tuvo otro pensamiento (3) que restablecer a los cristianos en el culto del verdadero Dios. Esta fue su primera obra de gobierno, restaurar la santa religión.

NOTAS

- (1) Los romanos disponían para los servicios oficiales de caballos distribuidos de trecho en trecho, para hacer con rapidez las jornadas. La palabra *man-siones* la hemos traducido por estaciones.
- (2) Su padre moribundo estaba en Bretaña. Aurelio Víctor y Eutropio nos dan también la noticia, este último en dos pasos sucesivos, diciendo que Costanzo murió en el condado de York, en Britania, el año 13 (o sea, el 303), y fue inscrito entre los dioses, y a su muerte su hijo Constantino, tenido de un matrimonio humilde, fue creado emperador y pasó a gobernar en lugar de su padre con general beneplácito.

XXV

No pudiendo oponerse Galerio a la elección de Constantino, pretende con todo reconocerlo como César, junto con Daya, elevando a augusto a Severo.

Pocos días después fue llevado su retrato (1), coronado de laurel, a la mala bestia. Dudó largo tiempo en recibirle. Poco faltó para quemar aquélla y al que la había traído, de no haberle disuadido de semejante locura sus amigos, advirtiéndole el peligro que corría, porque todo el ejército, contra cuya opinión habían sido nombrado Césares dos desconocidos, saldría a recibir a Constantino, haciéndole una demostración apoteósica de cariño si se presentase a reclamar sus derechos por las armas. No tuvo más remedio que recibir la efigie, aunque de mala gana, y le mandó también la púrpura, como señal de que le recibía con sumo gusto por compañero. Con esto cayeron por tierra sus proyectos, ni podía ya nombrar otro emperador, fuera de aquel número. Pero se le ocurrió que Severo, por ser mayor de edad, fuera nombrado Augusto, y Constantino, no emperador, como había sido hecho, sino César juntamente con Maximino, para postergarlo del segundo lugar al cuarto.

XXVI

Los pretorianos nombran en Roma a Majencio emperador, quien llama a su padre al trono, mientras Severo, abandonado de los suyos, se rinde y muere.

Ya le parecía a Galerio que las cosas estaban hasta cierto punto en marcha, cuando de pronto otro nuevo susto le vino a soliviantar, al comunicarle que su yerno Majencio había sido nombrado emperador en Roma. La causa del suceso fue la siguiente. Cuando determinó devorar todo el orbe por medio de los impuestos que había decretado, su insensatez llegó hasta el punto de pretender que ni el pueblo romano (1) se viera libre de semejante humillación. Estaban a punto de ser nombrados los agentes que irían a Roma para recontar los ciudadanos. Casi por aquella época levantó también los campamentos de los petroria-

nos (2). Y así unos pocos soldados que habían quedado en Roma en los cuarteles, aprovechando la ocasión mataron algunos de los agentes del censo, y con la anuencia del pueblo, que se había revolucionado, vistieron la púrpura a Majencio. Galerio, con lo repentino de la noticia, se impresionó un tanto por la novedad del caso, pero sin asustarse demasiado. Tenía animadversión a Majencio y no estaba ya en su mano hacer tres Césares. Le pareció suficiente hacer, por una sola vez, aquello que no quería. Llamó a Severo, le animó a recibir la dignidad imperial y le envió con el ejército de Maximiano a reducir a Majencio; y le envía a Roma, donde los soldados, recibidos tantas veces con el mayor afecto, no sólo querían salvar la ciudad, sino vivir allí para siempre. Majencio, dándose cuenta de la gravedad de su situación, aunque por el derecho de herencia podría atraerse a su causa los soldados de su padre, pero pensando que también podría ocurrir que Maximiano Galerio, su suegro, temiera esto mismo y dejara a Severo en el Ilírico y él en persona, con su ejército, viniera para hacerle la guerra, buscaba el modo de fortificarse contra el peligro que le amenazaba. A su padre, que vivía en la Campania (3), después de la abdicación del imperio le envía la púrpura y le nombra por segunda vez Augusto. Este, deseoso de novedades, y por haber sido depuesto a la fuerza, la acepta gustosamente. Entre tanto, Severo sigue marchando y se presenta, armado, ante los muros de Roma. Al momento, los soldados, tirando sus estandartes, huyen y se entregan a aquel mismo contra el que venían a luchar. ¿Qué remedio le quedaba al que se veía de tal modo abandonado sino huir? Pero, además, ocurría que ya había vuelto de nuevo al imperio Maximiano Hercúleo, y al saber esta noticia se refugió en Rávena y se encerró allí con pocos de sus soldados (4). Mas comprendiendo que sería entregado a Maximiano, él mismo se despojó del vestido de púrpura y se lo devolvió al mismo de quien lo había recibido. Después de lo cual, tan sólo pidió una buena muerte. Y abriéndose las venas, le obligaron a morir suavemente.

NOTAS

- (1) Desde siglos el pueblo romano no pagaba impuestos, como también estaba libre del servicio militar obligatorio. Lactancio considera una profanación equiparar a Roma como cualquiera otra provincia del imperio.
- (2) La medida debía estar relacionada con el abandono gradual de Roma como capital de Occidente y con la preferencia por Milán (y después por Rávena), como residencia imperial.
- (3) Dice a este propósito Eutropio (10, 2): "Entre tanto, los pretorianos se habían amotinado en Roma y habían elegido augusto a Majencio, hijo de Hercúleo, que vivía no lejos de la urbe en una villa pública. Al enterarse del suceso Maximiano Hercúleo, tomó esperanzas de volver a reinar, pues había abdicado a la fuerza, y marchó velozmente a Roma desde la Lucania, donde vivía como particular".
- (4) Eutropio confirma sustancialmente estos hechos, pero referente a Severo dice sencillamente "que en su huida fue muerto en Rávena".

XXVII

Maximiano Hercúleo, para asegurarse en las Galias la alianza de Constantino, casa a éste con su hija Fausta, mientras Galerio saquea Italia.

Entre tanto Hercúleo, conociendo el arrebató de Maximiano (Galerio), empezó a pensar que éste, al oír la muerte de Severo, se encendería en ira y vendría con su ejército, y hasta tal vez se le agregaría Maximino duplicando sus tropas, a las cuales de ninguna manera podría resistir. Habiendo dejado bien fortificada Roma y bien organizada para las hostilidades entonces en curso, marcha a las Galias para poner de su parte a Constantino por medio de la boda de su hija pequeña (1). Galerio, entre tanto, invade con sus legiones Italia y se acerca a la urbe para acabar con el Senado y acuchillar al pueblo; pero se encuentra con magníficas defensas y fortificaciones. No había esperanza de abrir brecha; sitiirla resultaba difícil, y para rodear las murallas no disponía de suficientes tropas, porque, como no había visto nunca Roma, se figuraba que no sería mucho mayor que las otras ciudades que él conocía. Ya algunas legiones, detestando tan horrendo crimen, que un suegro luchara contra su yerno y que los soldados romanos embistieran contra la misma Roma, cambiando de banderas, abandonaron el campo. Y los otros soldados empezaban a dudar, y entonces Galerio sintió quebrantada su soberbia y abatido su ánimo, y acordándose del fin de Severo, se arrojaba a los pies de sus soldados y les rogaba que no le entregasen al enemigo, hasta que pudo conseguir por medio de fantásticas promesas cambiar su determinación, y al punto ordenó marcha atrás, y ya presa del miedo, se dio a la fuga, en la que pudo muy sencillamente ser aniquilado, si alguno le hubiera seguido con pocos soldados. Y como temía que esto pudiera suceder, permitió a sus soldados que se dispersasen todo lo que pudiesen y destruyesen e inutilizasen todo, para que si alguien intentaba seguirlos, no dispusiera de recursos. Fue arrasada, por tanto, aquella parte de Italia por donde pasó tan dañino ejército, destrozando todo, abusando de las mujeres, violando las vírgenes, haciendo fuerza a los padres y maridos para que entregaran sus hijas y esposas como si se tratase de objetos requisables. Como ejército de bár-

baro, deshizo las ganaderías y animales domésticos (2). De tal forma se retiró Maximiano a su ciudad, emperador romano en otros tiempos, ahora azote de Italia, castigándola duramente en todas sus cosas. Ya de atrás, al recibir el nombramiento de emperador, había empezado por declararse enemigo del nombre romano, pretendiendo cambiar el título y que el imperio romano se denominase en adelante dácico.

NOTAS

- (1) Esta era Fausta, hermana por tanto de Majencio, mientras la hija mayor, Flavia Teodora, había nacido de Eutropia antes de casarse ésta con Hercúleo. Flavia Teodora había casado con Costanzo Cloro, quien había tenido ya a Constantino de un matrimonio precedente con Elena.
- (2) Parece ser que Lactancio recarga bastante el cuadro, generalizando atropellos y abusos que pudieran cometer algunos soldados desmoralizados.

XXVIII

Maximiano Hercúleo trata de deponer a su hijo Majencio, que se encuentra respaldado por las tropas.

Después de la huida de éste, al volver Maximiano Hercúleo de las Galias compartía el imperio con su hijo Majencio. El joven era obedecido mejor que el viejo, porque al fin anterior y mayor era el poder del hijo, que también había restituido el imperio a su padre. El viejo llevaba de muy mala gana no poder hacer libremente cuanto quería y tenía envidia de su hijo, con pueril emulación. Andaba pensando el modo de deshacerse de su hijo, para reclamar sus derechos, lo cual suponía sencillo, por tratarse de soldados que habían desertado de Severo. Convocó al pueblo y a los soldados como para tenerlos una alocución sobre las presentes calamidades de la república. Y después de hablar sobre este tema largamente, señaló con la mano a su hijo y le presentó como el autor de aquellos males y el principal causante de tantas desdichas como el Estado estaba soportando, y terminó arrancándole de sus hombros la púrpura. Así despojado, el hijo bajó aceleradamente de la tribuna y fue recibido por los soldados. Las aclamaciones e indignación de éstos espantaron al cruel anciano, que, como Tarquino el Soberbio, fue arrojado de la ciudad de Roma (1).

NOTA

- (1) Este episodio nos lo refiere casi con las mismas palabras Eutropio (10, 3): "Pretendiendo Maximiano Hercúleo, en una alocución que tuvo al Ejército, despojar de la púrpura a su hijo Majencio, hubo de sufrir la revuelta y motín de los soldados. De allí partió a las Galias, fingiendo que era expulsado por su hijo, con objeto de unirse a su yerno Constantino".

XXIX

Mientras también Licinio es proclamado emperador, Maximiano Hercúleo en las Galias tiende en vano asechanzas a Constantino.

Volviendo otra vez a las Galias, donde permaneció algún tiempo, marchó luego a buscar al enemigo de su hijo Maximiano Galerio, como para tratar con él de buscar arreglo a la situación de la república, pero, en realidad, para tener ocasión de asesinarle, con el pretexto de la reconciliación, y de esta forma apoderarse de su reino, ya que había sido expulsado del propio. Pero al llegar allí, estaba Diocles, llamado poco antes por su yerno, para hacer ahora lo que antes no había hecho, y en su presencia dar el imperio a Licinio como sustituto de Severo (1). Y así se hace, en efecto, ambos presentes. Al sentir desvanecerse sus ilusiones, el anciano Maximiano Hercúleo sueña con una tercera tentativa. Vuelve a las Galias lleno de malas intenciones con el propósito de engañar con sus maniobras al emperador Constantino, su yerno e hijo de su otro yerno (2). Para mejor engañarle se quita las insignias de la realeza. Los pueblos francos se hallaban en guerra. Aconseja a Constantino, que nada sospecha, que no lleve consigo todo el ejército, pues los bárbaros podían muy bien ser derrotados con pocos soldados. Así él podría tener un ejército de que adueñarse y el otro tal vez sería aniquilado por la escasez de soldados. El joven creyó al anciano como a persona más entendida y le obedeció como a anciano y yerno, y así marcha, dejando la mayor parte de sus soldados. Maximiano, después de haber aguardado algunos días, y creyendo que Constantino estaría ya dentro de las fronteras de los bárbaros, se invistió de repente la púrpura, mete mano en el tesoro y hace espléndidas distribuciones, como tenía por costumbre (3). Con todo esto propala sobre Constantino las calamidades que muy pronto habrían de caer sobre él. Al emperador le dan rápidamente cuenta de lo que está sucediendo. Se vuelve con admirable presteza con su ejército. Y aquel hombre es aplastado de improviso, cuando todavía no se daba bien cuenta de lo que pasaba. Los soldados todos se vuelven con su emperador. Maximiano había llegado a ocupar Marsella y había cerrado sus puertas. Se acercó cuanto pudo el emperador y le habló estando cerca de la muralla, no ásperamente ni como enemigo, sino rogán-

dole qué pretendía hacer o qué le hacía falta y por qué llevaba a cabo acciones que no parecían sentir bien con su persona. Mas éste, desde lo alto del muro, barbotaba maldiciones. Entonces a su espalda se abren las puertas y son recibidos los soldados. Es llevado hasta el emperador el rebelde emperador, padre cruel y suegro pérfido. Oyó los crímenes que había cometido, le despoja de la púrpura y le perdona la vida tras una severa reprensión.

NOTAS

- (1) Galerio había conseguido el nombramiento de César para Maximino Daya y había tolerado el de Constantino, pero nunca admitió el de Majencio ni el de Hercúleo, reteniendo vacante el cuarto puesto, que determinó dar a Licinio, valiéndose para ello del prestigio del viejo Diocleciano, a quien llamaría como árbitro en la ceremonia, no con la intención de que tomase de nuevo la púrpura, como había hecho Majencio con su padre.
- (2) Véase nota 1 del cap. 27.
- (3) Véase lo que el mismo Lactancio dice en el cap. 8.

XXX

Maximiano Hercúleo trata de asesinar a Constantino; mas es descubierto y le obligan a darse muerte.

Perdido de esta forma el honor de emperador y suegro, sin poder sufrir semejante humillación, siguió tramando nuevas insidias, por haber escapado aquella vez sin castigo. Llama a su hija Fausta, y ya con ruegos ya con caricias, la invita a traicionar a su marido, prometiéndole otro más noble personaje. Tan sólo pide paso libre hasta la cámara imperial, ya que ésta se encuentra poco vigilada. La hija promete hacerlo, pero al momento da cuenta de todo a su marido. Entre ambos discurren una falsa comedia para poder tener pruebas fehacientes del crimen. Buscan a un miserable eunuco, que habrá de morir en lugar del emperador. Se levanta Maximiano Hercúleo a medianoche, y encuentra la ocasión propicia para sus fechorías. Eran pocos los centinelas que hacían guardia y además estaban retirados, a los cuales, sin embargo, dice que ha tenido un sueño que desea contar a su hijo. Entra, pues, bien armado, y habiendo matado al eunuco, sale jactancioso y refiere lo que acaba de hacer. Mas de pronto, por la otra parte, aparece Constantino con un grupo de hombres armados. Sacan de la habitación el cadáver del hombre muerto, y el homicida es cogido en flagrante delito, quedando mudo, como “si fuera duro pedernal o roca de mármol de Paros” (1). Le echan en cara sus crímenes y maldad y por fin le dan a escoger el género de muerte que prefiere, “y cuelga un nudo de alta viga para encontrar infame fin” (2). Así, aquel gran emperador del nombre romano, que durante tanto tiempo había reinado hasta poder celebrar las fiestas de su vigésimo aniversario, rota y tronchada su soberbia garganta, acabó su destestable vida con torpe e ignominiosa muerte (3).

NOTAS

- (1) Cita de Virgilio, Eneida, 6, 471. Las rocas del monte Marpeso, en la isla de Paros, proporcionaban el mármol más apreciado.
- (2) Otra cita de Virgilio, Eneida, 12, 603.
- (3) No es más lisonjero el juicio de Eutropio (10, 3): “varón inclinado a toda locura y crueldad, infiel, dañino, completamente privado de civilidad”.

XXXI

Maximiano Galerio fuerza todavía más los tributos con grave daño para los agricultores.

De éste, Dios, vengador de su pueblo y religión, pasó los ojos al otro Maximiano, autor de la terrible persecución, para hacer ostentación también con él del poder de su majestad. Este andaba pensando en conmemorar sus veinte años de reinado. Y como si todavía hubiera esquilmo poco a las provincias con sus tributos de oro y plata, para poder dar las pagas extraordinarias que había prometido a sus soldados, ordenó un nuevo impuesto con motivo de este aniversario. ¿Quién podrá describir exactamente la impresión que hizo esta nueva vejación del género humano, sobre todo en lo referente a las requisas de víveres? Soldados de todas clases, o mejor verdugos, perseguían a los contribuyentes. Nadie sabía a ciencia cierta a quién tenía que pagar en primer término. Por otro lado, para los que no satisfacían, no había conmiseración. Había que estar dispuestos a soportar increíbles padecimientos si no se entregaba al instante aun aquello que no poseía. De tal manera agobiaban los agentes, que no dejaban ni respirar y no descansaban en todo el año en sus pesquisas. Con frecuencia, al tratar de reseñar a los mismos hombres, había discusiones entre los mismos jueces o entre los sayones del fisco. No quedó era sin cobrador ni vendimia sin guardia, sin dejar nada para el sustento de los mismos labradores. Y siendo intolerable que le quitaran al hombre los alimentos con tanto trabajo procurados, sin embargo, queda de alguna manera la esperanza del futuro. ¿Pero y el quitar hasta los vestidos? ¿Y todo el oro? ¿Y la plata? ¿Acaso no hay que proporcionarse todas estas cosas por medio de la venta de los productos? ¿Cómo querrás, oh loco tirano, que yo pueda entregar esto, después que tú has robado a la fuerza los frutos de la tierra y las crías de los ganados? ¿Y qué de bienes no malbarató, para reunir todas las riquezas que su imperio poseía en orden a la celebración de unas fiestas que no podría conmemorar?

XXXII

El César Maximiano Daya quiere que Galerio le eleve a la dignidad de augusto.

Al ser nombrado emperador Licinio, Maximino lo llevó muy a mal, pues ni quería seguir siendo César ni figurar en tercer lugar. Por este motivo le envió frecuentemente Galerio embajadores rogándole que le obedeciera, que guardara lo que estaba estatuido, que ceda ante la edad y sea reverente con las canas. Pero el otro se ensoberbece audazmente y proclama que le corresponde por antigüedad ser primero, ya que antes tomó la púrpura, y así desprecia sus ruegos y mandatos. Se siente dolorida la bestia y brama, porque habiéndole hecho César sin ser noble, con objeto de que siempre le estuviera sumiso, éste ahora, olvidándose de un tan grande beneficio, se niega desconsideradamente a cumplir sus deseos y ruegos. Vencido Galerio por tanta obstinación, suprime el nombre de césares y se da a sí mismo y a Licinio el calificativo de augustos, y a Maximino y Constantino el de hijos de los augustos. Poco después le escribe Maximino como anunciándole que en una reunión tenida poco hacía en el campo de Marte (1) había sido nombrado augusto por el ejército. Galerio recibió con pesadumbre esta noticia, doliéndose mucho, y ordenó que desde entonces todos los cuatro se denominasen emperadores.

NOTA

(1) En la plaza de armas, que había sido inaugurada recientemente.

XXXIII

Galerio es castigado por una terrible e incurable enfermedad.

Ya llevaba dieciocho años (1) de imperio, cuando le hirió Dios con una incurable llaga. Le nació una úlcera (2) de mal aspecto en la ingle y se le fue extendiendo. Los médicos sajan y curan; pero, cuando parecía iba a cicatrizar, se abre la herida y se rompe una vena con abundante hemorragia hasta temerse la muerte. A duras penas pueden cortar la sangre. Hay que intentar una nueva cura. Por último se consigue la cicatrización; mas otra vez, a un pequeño movimiento del cuerpo, se reproduce la herida y la hemorragia es todavía mayor que antes. Galerio empieza a quedarse pálido y a desfallecer por faltarle las fuerzas, y sólo entonces se corta el reguero de sangre. Ya la herida comienza a no reaccionar ante la medicina y los contornos se infeccionan con una llaga cancerosa que cuanto más se corta más se renueva y cuanto más se la cura tanto más supura.

Se cansaron los maestros (3),

Quirón, hijo de Filira, y Melampo, hijo de Amitaonio.

Se convocan los médicos más célebres de todas partes; pero las manos de los hombres nada consiguen; se hacen rogativas a Apolo y Asclepios (4), se pide insistentemente remedio. Propone Apolo una cura, pero el mal se empeora. No se había difundido aún mucho la gangrena y ya había corroído las partes bajas. Las entrañas se pudren por dentro y la apostema se desparrama por la región anal. No desisten los médicos, sin embargo, de curar y buscar remedios, aunque sin esperanzas de atajar el mal. Propagándose la infección hasta la médula, ataca las vísceras y llegan a criarse gusanos. El olor pestilencial se extiende no sólo por el palacio, sino que penetra por toda la ciudad; nada extraño, si tenemos en cuenta que el excremento y la orina tenían común salida. Es roído por los gusanos y se le va deshaciendo el cuerpo en podredumbre en medio de intolerables dolores.

Exhala horribles alaridos que llegan hasta el cielo (5), como los mugidos del toro, que ensangrentado, huye del ara.

Se aplicaban a las posaderas supurantes pedazos de carne cocida y caliente para que los gusanos salieran al calor. Al quitar

los vendajes brotaban verdaderos enjambres, a pesar de lo cual la fecunda corrupción de las entrañas contagiadas criaba aún mayor cantidad. Con tan extraño mal el cuerpo había perdido su configuración. La parte superior desde la llaga se había secado y puesto cetrina y por la espantosa delgadez, la piel se pegaba a los huesos; la parte inferior, sin forma de pies, había crecido hasta hincharse como odres. Estos males duraron un año entero, hasta que al fin, vencido por la desgracia, se vio obligado a confesar a Dios. En los ratos en que un nuevo dolor le acuciaba, gritaba que había de restablecer el templo de Dios y hacer lo suficiente para reparar sus crímenes. Y cuando ya se sentía desfallecer, ordenó un edificio del tenor siguiente:

NOTAS

- (1) Es decir, el año 310, pues había sido elegido el 293.
- (2) Eutropio (10, 4) dice sencillamente que después de la proclamación de Licinio "siguió al momento la muerte de Galerio"; pero la realística descripción de Lactancio encuentra confirmación en Eusebio (*H. E.*, 8, 16; *De Vita Const.*, 1, 57). Aurelio Víctor (*De Caes.*, 40, 9; *Epit.*, 40, 4), Zósimo (*Hist.*, 2, 11).
- (3) Cita de Virgilio, *Geórgicas*, 3, 549-550. El centauro Quirón, famoso médico, tenía por padre a Saturno, y Melampo, primo de Jasón, era renombrado por la magia.
- (4) Asclepio, en latín Esculapio, hijo de Apolo, era el dios de la medicina, y su fama llegaba hasta decirse que resucitaba los muertos.
- (5) Cita de Virgilio, *Eneida*, 2, 222-224.

XXXIV

Edicto de tolerancia dictado por Maximiano Galerio antes de morir.

“Entre las restantes cosas que siempre hemos ordenado para la utilidad y provecho de la república, queríamos ya antes de ahora, conforme a las antiguas leyes y a la pública disciplina de los romanos (1), corregir lo que fuera necesario y proveer para que también los cristianos, que habían abandonado la secta (2) de sus antepasados, se redujeran al buen sentido, puesto que en cierta manera tal aberración les tenía dominados y tanta necesidad ocupados, que en vez de seguir las instrucciones antiguas en que probablemente sus mismos padres les habían educado desde niños, según su parecer y conforme al propio capricho a sí mismo se habían dado leyes que guardar y hasta han llegado a ser muchos pueblos los que las siguen. Y como además hubiese una orden nuestra para que volvieran a conformarse con las instituciones de los mayores, muchos fueron sometidos con daño y otros, por lo menos, molestados. Mas como muchos persistieron en su propósito y viéramos que ni querían rendir el debido culto y religión a los dioses ni podían venerar al Dios de los cristianos, teniendo en cuenta nuestra infinita clemencia y nuestra invariable manera de proceder, por la que acostumbramos a conceder indulgencia a todos los hombres, también para con éstos hemos creído ofrecerles nuestro perdón para que de nuevo puedan existir los cristianos (3) y rehacer sus asambleas, con tal que nada hagan contra el orden público. En otra circular transmitiremos a los magistrados a qué deben atenerse. Conforme a nuestra actual benevolencia, deberán pedir a su Dios por nuestra salud y la de la república, para que, bajo todos los aspectos, la república se conserve incólume y puedan vivir todos con tranquilidad en sus casas.”

NOTAS

- (1) Es decir, teníamos intención de intentar una restauración en el sentido tradicional y nacional, procurando que los cristianos volvieran a las prácticas de sus antepasados paganos.
- (2) La religión. El sentido al menos de la frase parece más de Lactancio que de Galerio.
- (3) Con esto se revocaba la legislación persecutoria que se fundaba en el dicho de los edictos imperiales: *ut christiani non sint*.

XXXV

La muerte de Galerio.

Este edicto (1) se publicó oficialmente en Nicomedia la víspera de las calendas de mayo, siendo Galerio la octava vez cónsul y Maximino la segunda. Entonces, abriéndose las cárceles, Donato carísimo, con los restantes confesores fuiste libertado, después de haber tenido tú por domicilio la cárcel durante seis años. Empero Galerio no pudo alcanzar por este hecho el perdón de Dios, sino que a los pocos días, habiendo encomendado a Licio su mujer y su hijo y habiéndolos puestos bajo su tutela, por deshacerse ya todos los miembros de su cuerpo, murió consumido por aquella horrible enfermedad. Esta noticia se supo en Nicomedia el último día del mismo mes, cuando ya en las próximas calendas de marzo habían de celebrarse las fiestas de su vigésimo aniversario (2).

NOTAS

- (1) Para muchos este edicto, promulgado el 30 de abril del 311, significa la terminación de la era de las persecuciones, cuando en realidad habrá de esperar dos años más para el edicto de libertad dictado por Constantino.
- (2) El 1 de marzo del año 312 se cumplían los veinte años de gobierno de Galerio.

XXXVI

Maximino Daya quiere perseguir de nuevo a los cristianos.

Al enterarse Maximino, voló desde el Oriente, aprovechando los caballos de la posta pública, para ocupar aquellas provincias, y si se descuidaba Licinio, poder reclamar para sí todos los territorios hasta el mar Calcedonio (1). Cuando entró en Bitinia, para ganársela a su causa, con gran contento de todos, abolió los impuestos. Mas la discordia se encendió entre los emperadores y casi se convirtió en guerra. Soldados armados defendían ambas orillas, pero mediante condiciones bien definidas se hace la paz y amistad, y en el mismo mar firman una alianza y se estrechan las manos. Se retira Maximino bien seguro y otra vez empieza la persecución como la que había habido en Siria y Egipto. Empieza por quitar la tolerancia concedida a los cristianos, de común acuerdo entre los emperadores, recibiendo legaciones fingidas de las ciudades, que le pedían no consintiera la formación de comunidades cristianas dentro de sus ciudades; con el fin de aparentar que hacía obligado y rogado lo que de su propia voluntad haría él gustosamente. Accediendo a tales peticiones, creó, implantando una costumbre nueva (2), sacerdotes máximos por las diversas ciudades de entre las personas principales, quienes habrían de hacer diariamente sacrificios a todos sus dioses, y siguiendo el oficio de los antiguos flámines impidiesen que los cristianos ni levantasen templos ni tuvieran reuniones públicas o privadas, sino que aprehendidos, por propia cuenta, los obligasen a sacrificar o los entregasen a los magistrados. Y no fue esto bastante, sino que, además, puso al frente de cada provincia a otros de más elevada dignidad, a manera de pontífices, y a éstos los ordenó que fuesen adornados con clámides o capas blancas. Y estaba dispuesto a implantar lo que ya había ensayado en las regiones del Oriente. Bajo las apariencias de benignidad, había ordenado que no se matase a los siervos de Dios, tan sólo inutilizarlos. Y consiguiientemente sacaban los ojos a los confesores, les cortaban las manos, les descoyuntaban los pies y les arrancaban las narices o las orejas.

NOTAS

- (1) Calcedonia, que da el nombre al estrecho, era una ciudad de la Bitinia, a la entrada del Bósforo, frente a Bizancio; hoy es una simple aldea. Maximino pretendía llegar cuanto antes a los estrechos, asegurándose una frontera natural y militarmente importante.
- (2) La costumbre tradicional, desde los tiempos de Numa Pompilio, era jerarquizar todos los sacerdotes, no existiendo pontífice máximo más que en Roma.

XXXVII

Constantino disuade a Daya de perseguir a los cristianos, pero esquilma despiadadamente a sus súbditos.

Mientras andaba disponiendo todas estas cosas vienen a inquietarle una cartas de Constantino; pero él disimula. A pesar de lo cual, si algún cristiano caía en su poder, era arrojado al mar a escondidas. Ni dejó tampoco su antigua costumbre de que diariamente se hicieran sacrificios en su palacio. Y lo que dispuso en primer lugar fue que las reses destinadas a comida fueran muertas, no por los cocineros, sino inmolándolas sobre las aras los sacerdotes, hasta el punto que no se traía vianda a la mesa si no había sido antes ofrecida en sacrificio (1), o inmolada o rociada con el vino de las libaciones, de donde quien era invitado a cenar irremisiblemente tenía que salir manchado e impuro. En las restantes cosas se comportaba igual que su maestro. Pues si es que dejaron todavía algo Diocles o Maximiano Galerio, éste lo arrasó, arrebatando todo sin miramiento alguno. Y así eran clausurados los graneros de los particulares, las bodegas eran precintadas, se cobraban por anticipado los impuestos de muchos años. Como consecuencia vino el hambre en las mismas tierras de labor, y una carestía nunca oída. Rebaños de ganado vacuno y lanar eran robados a diario de los campos para los sacrificios cotidianos. Con tales despilfarros envició a sus cortesanos, que ya ni les pasaba por la imaginación alimentarse con otros víveres. Y derrochaba a tontas y a locas, sin distinción de personas ni ocasiones, habiendo repartido entre sus criados, que eran muchos, ropas preciosas y piezas de oro; a los soldados y reclutas entregaba objetos de plata, y a toda clase de bárbaros distinguía con incalculables repartos. Y por lo que respecta a que o quitaba los bienes o se los daba a los suyos, cuando alguno se los pedía, ni sabía si aún se le debería agradecer, porque, conforme a la costumbre de los bandoleros piadosos, robaba los equipajes, pero respetando la vida (2).

NOTAS

- (1) La costumbre era de dejar a los sacerdotes las carnes sacrificadas de las víctimas. Toda participación en el banquete sacrificial pagano era considerada por los cristianos como idolatría.
- (2) La ironía de Lactancio no puede ser más punzante: todavía había que agradecerle al emperador que perdonaba la vida de sus súbditos.

XXXVIII

Depravación de Maximino Daya.

El vicio más grave de Maximino Daya consistía en una manía de corrupción, superior a cuantos le habían precedido. No sabría si llamarla ciega y desenfrenada y, sin embargo, con tales palabras no puede expresarse, por todo lo que tiene en sí de repugnante; está por encima del poder del idioma la magnitud del delito. Los eunucos y alcahuetes lo rebuscaban todo. Donde quiera se encontrara una cara un tanto agraciada, ya podían huir los padres y maridos. Despojaban a las más nobles matronas de sus vestidos e igualmente a las doncellas y eran examinadas miembro por miembro, para que ninguna parte del cuerpo fuera indigna de la cámara regia. Si alguna se negaba, se la asesinaba ahogándola, como si fuera crimen de lesa majestad defender la pureza contra aquel adúltero. Otros, no pudiendo soportar el dolor de la deshonra de sus esposas, a las que amaban tiernamente por su honestidad y fidelidad, terminaban dándose ellos mismos la muerte. Ante semejante monstruo no podía haber ninguna pureza entera, sino cuando se trataba de repulsivas deformidades que retraían su bárbara lujuria. Por último, llegó a poner la costumbre de que nadie pudiese tomar esposa sin su permiso, para ser él quien primero probase en todas las bodas. A las vírgenes más nobles, después de haberlas deshonorado, se las entregaba a sus criados por mujeres. Además, los componentes de su séquito, con tales ejemplos, imitaban sus estupros y violaban impunemente las alcobas de quienes los alojaban. ¿Quién los iba a escuchar en sus reclamaciones? Las jóvenes de familias de media posición eran raptadas con tal que alguno lo quisiera. Las de condición más elevada y que no había manera de robar, eran pedidas para favorecerlas, ni había manera de oponerse como lo hubiera firmado el emperador, pues no quedaba más que la muerte o tener por yerno a algún bárbaro. Pues no tenía otros guardias y acompañantes consigo que gente de aquellos godos, que, expulsados por Maximiano Galerio de sus tierras en tiempos de Diocleciano, se habían puesto a sus órdenes para desgracia del género humano, y quienes huían de la esclavitud de aquel bárbaro iban a dominar al pueblo romano. Rodeado de tales funcionarios y con tal escolta abusó a capricho de todo el Oriente.

XXXIX

La viuda de Galerio, por haber rehusado nuevas nupcias con Daya, es expulsada de la corte y perseguida.

Por haber tomado por ley de sus liviandades el reputar lícito todo lo que se le antojase, no fue capaz de reprimirse ni ante la augusta, a quien hacía poco todavía llamaba madre (1). Había decidido vivir junto a él, después de la muerte de Maximiano Galerio, Valeria, su esposa, por considerarse con Maximino más segura, dado que éste tenía mujer. Pero animal lujurioso, pronto se enciende. Todavía usaba vestidos negros la dama y le quedaba por cumplir la época del luto. Le manda emisario para que la pida en matrimonio, prometiendo repudiar a su esposa si ella aceptaba. Esta responde libremente lo que sólo podía contestar: que primeramente no podía tratar de bodas hallándose con aquel vestido fúnebre (2), que aún estaban calientes las cenizas de su marido y de su padre; además, que el emperador obraba sin piedad al querer repudiar su fiel esposa (3) y que lo mismo habría de hacer un día con ella; por último, que era indigno de su nombre de emperatriz y de su rango probar otro marido, sin haber tales costumbres ni precedentes. Le dan cuenta al buen hombre de su atrevimiento. Su lujuria se le trueca en ira y arrebato. Al momento destierra a la dama, confisca sus bienes, le quita sus acompañantes, da muerte entre tormentos a sus eunucos y a ella misma, en unión de su madre, les ordena el destierro, pero sin señalar un lugar determinado para causarles mayor disgusto y oprobio al arrojarlas de varios lugares, y, por último, a sus amigas las escarnace deshonorándolas.

NOTAS

- (1) Maximino llama "madre" a Valeria, mujer de Valerio, por cuanto un César se consideraba hijo adoptivo del Augusto.
- (2) En el caso de las viudas el derecho romano exigía un determinado intervalo de meses antes de permitir nuevas bodas, por consideraciones a la paternidad de la prole.
- (3) El vicio del divorcio se había extendido ya de antiguo entre los romanos. Véase Juvenal, *Sat.*, 6, 229.

XL

Persecuciones y torturas a las damas de compañía de Valeria.

Había entre las damas de Valeria una nobilísima matrona, que tenía ya nietos de sus hijos más jóvenes. Valeria la amaba como si fuera su madre, y se figuraba Maximino Daya que por su consejo se había opuesto a su matrimonio. Encarga expresamente al presidente Eratineo (1) que le dé muerte con deshonor. A esta dama se le agregan otras dos matronas, igualmente nobles y de las cuales una había dejado en Roma una hija, virgen vestal, pero que se había juntado después ocultamente al séquito de Valeria, y la otra tenía un marido senador y no estaba menos relacionada con la augusta. Pero ambas, por su extraordinaria belleza y honestidad, eran condenadas a la última pena. Son, pues, llevadas las damas súbitamente no a un juicio, sino como en raptó. Ni siquiera se habían preocupado de señalar un acusador. Pero hallan a mano un cierto judío, reo por otros crímenes, al cual inducen, con la promesa de impunidad, a que presente declaración falsa contra las inocentes. El juez, muy justo y diligente, saca fuera de la ciudad al judío para tomarle declaración, bien acompañado de escolta por miedo a que le apredrearán las turbas. Toda esta tragedia se representa en Nicea. Empiezan por dar tormento al judío; declara cuanto le tenían ordenado. A las damas, para que no contradijeran, las hacen fuerza los verdugos amenazándolas. Por último se condena a las inocentes. Lloran y se lamentan, no sólo el marido de una tal fiel esposa que allí se hallaba presente, sino toda la muchedumbre, a quien farsa tan repugnante y nunca oída había congregado. Mas a fin de que una acometida del pueblo no las arrebatase de las manos de los verdugos, hacen escolta, encuadrados militarmente, veteranos honderos de las Baleares (2). Así son llevadas al suplicio en medio de las formaciones de soldados armados. Y hubieran permanecido sin recibir sepultura, al ser aventados por la huida todos sus familiares, de no haberlas enterrado la furtiva misericordia de sus amigos. Ni le valió al falso acusador de adulterio la impunidad prometida, sino que, puesto en el patíbulo, descubrió toda la trama y, cuando ya estaba para morir, declaró a todos los que estaban presentes, que se había dado muerte a unas inocentes.

NOTAS

- (1) El nombre del presidente ha sido escrito por conjetura, pues el manuscrito tiene una laguna. Otros escriben Cratino o Flaccino o de Bitinia.
- (2) Los honderos de las Baleares tenían fama de ser los mejores del ejército imperial.

XLI

Valeria Augusta es desterrada a Siria.

Entretanto la augusta, desterrada en unas desiertas soledades de Siria, consiguió, por ocultos medios, hacer saber a su padre Diocleciano toda su desgracia. Este envía emisarios a Maximino rogando que le envíe su hija, pero no adelanta nada. Una y otra vez vuelve a insistir, pero su hija no se la mandan. Por último, encarga a un cierto pariente suyo, jefe militar y persona de mucha influencia, que le haga súplicas, recordándole los beneficios que de él ha recibido. Y también éste le ha de comunicar que su embajada de nada ha servido y los ruegos resultaron inútiles.

XLII

Muerte miserable de Constantino, quien llega a ver la condenación de su memoria.

Por esta misma época, siguiendo órdenes de Constantino, las estatuas del anciano Maximiano Hercúleo son retiradas y los retratos en que aparecía pintado quitados. Y como, por lo general, figuraban pintados juntos ambos ancianos (1), Diocleciano y Maximiano, se arrancaban a la vez las imágenes de los dos. Y viendo Diocleciano en vida lo que a ningún emperador le había sucedido, aquejado de un doble mal (2), creyó llegada la hora de su muerte. Se dejaba caer por aquí y por allí y por las angustias de su alma, a causa del dolor, no podía conciliar el sueño ni tomar alimento. Todo eran suspiros y lamentos, continuas lágrimas, frecuente revolcarse ora en el lecho, ora en el suelo. Y así el emperador tan dichoso durante veinte años, condenado ahora por Dios a una vida miserable, colmado de injurias, haciéndosele odiosa hasta su misma vida, terminó muriendo de hambre y angustia.

NOTAS

- (1) Aunque parece no fue intencionada la *damnatio memoriae* de Diocleciano, por la causa fortuita de hallarse esculpido junto con Maximiano, su imagen era igualmente borrada, lo que suponía un enorme deshonor tener que sufrirlo en vida.
- (2) Diocleciano era aquejado de un doble mal, material y moral.

XLIII

Alianza de Maximiano y Majencio contra Licinio y Constantino.

Todavía quedaba uno (1) de los enemigos de Dios, Maximino, cuya muerte y ruina voy a referir ya. Teniendo animosidad contra Licinio, por haber sido preferido a él por Maximiano (2), y aunque recientemente había confirmado su amistad con él, sin embargo, cuando se enteró que la hermana de Constantino (3) había sido dada por esposa a Licinio, se figuró que tales enlaces entre ambos emperadores se hacían para daño suyo. Empezó por mandar representantes suyos a Roma que propusieron oculta-mente a Majencio su alianza y amistad. A la vez escribe, lleno de afabilidad. Sus legados son recibidos con todo afecto; se firma una alianza, las imágenes de ambos emperadores son colocadas juntas. Majencio acepta tales convenios como una ayuda milagrosa, pues había declarado la guerra a Constantino (4), con el pretexto de vengar la muerte de su padre. Por lo que llegó a sospechar que aquel miserable anciano había fingido desavenencias con su hijo para hallar modo de suprimir a los otros, y una vez eliminados poder reclamar para sí y para su hijo el imperio de todo el orbe. Pero esto era falso. Su verdadero propósito era derrocar a su hijo y a los demás y restablecerse Diocleciano y él en el reino.

NOTAS

- (1) Este era Maximino Daya.
- (2) Maximiano Galerio prefirió dejar como césares a Maximino y Constantino.
- (3) Dice Eutropio (10, 5) de Constantino que “su hermana Costanza estaba casada con Licinio”. Esta Costanza era hermanastra de Constantino (hijo de Costanzo Cloro y Elena) por ser hija de Teodora, segunda mujer de Costanzo Cloro, a la cual y a la hija de Constantino habría bautizado San Silvestre en la iglesia de Santa Inés extramuros, según el *Liber Pontificalis*.
- (4) Eutropio (10, 4) dice en cambio que fue Constantino quien declaró la guerra a Majencio, a quien nunca reconoció como verdadero colega. Eusebio y Zósimo son de la opinión de Lactancio. Sea lo que fuera, la guerra civil era inevitable para restablecer la unidad del imperio, especialmente en Italia.

Constantino vence a Majencio en el puente Milvio y entra triunfante en Roma.

Al fin estalló entre los emperadores la guerra civil. Y aunque Majencio se había recluso en Roma por haber tenido presagios de que sería destruido si salía fuera de las puertas de la ciudad, con todo la guerra se llevaba adelante por medio de sus mejores generales. Majencio disponía de más fuerza, porque juntaba al ejército de su padre, que había recibido de Severo, el suyo propio, reclutado con moros y gétulos (1). Luchaban y parecía que los soldados de Majencio iban ganando hasta que Constantino, tomando aliento y disponiéndose a jugarse todo, puso en marcha sus fuerzas y acampó cerca de la urbe, por la región del puente Milvio (2). Se acercaba el día en que Majencio había sido nombrado emperador, el cual corresponde a seis días antes de las calendas de noviembre, cumpliéndose entonces el primer quinquenio. Constantino fue avisado durante la noche para que grabase en sus escudos la señal celestial de Dios (3) y de esta forma emprendiera la batalla. Hizo como se le había mandado y trazando una línea por mitad de la letra X y curvando su extremidad superior, señala los escudos con el anagrama de Cristo. Armado con tal señal, el ejército coge las espadas. Sale al encuentro el enemigo sin su emperador y cruza el puente. Los ejércitos avanzan hasta darse la cara y se lucha con mucho coraje por uno y otro lado, *sin querer saber de huidas éstos ni aquéllos* (4).

Ocurre, mientras tanto, un gran alboroto en Roma, pues afean al emperador que parezca un despreocupado por la suerte del bien público. Y entonces, de repente, todo el pueblo —estábanse celebrando unas fiestas circenses con motivo de su nacimiento— clama con unánime voz que Constantino de ninguna manera puede ser vencido. A tales palabras, consternado Majencio, escapa de allí y manda llamar a algunos senadores, a los cuales ordena que repasen los libros sibilinos, en los cuales aparece que aquel día el enemigo de los romanos había de perecer. Con esta respuesta nace en él la esperanza de la victoria, marcha y se pone al frente del ejército. El puente queda roto a su espalda, con lo cual la lucha se hace más desesperada, pudiendo únicamente la mano de Dios dirimir la contienda. El ejército de Majencio se

empavoriza y el mismo emperador, volviendo las espaldas, se precipita sobre el puente que estaba cortado, y empujado por la muchedumbre de los que huían, cae al Tíber. Terminando de esta manera la guerra, Constantino es recibido como emperador con gran alegría del pueblo y Senado romano. Se entera de la perfidia de Maximino, coge sus cartas, encuentra sus estatuas e imágenes. El Senado, en honor a su valor, reconoce a Constantino el primer puesto (5), que para sí pretendía Maximino, quien al escuchar la noticia de la victoriosa liberación de Roma, la recibió como si él mismo hubiera sido vencido. Y cuando se enteró después del decreto del Senado se llenó de tal sentimiento, que ya hablaba claramente de ruptura de relaciones, diciendo chistes e injurias contra el emperador máximo.

NOTAS

- (1) El ejército de Severo había sido reclutado en Africa del Norte (moros y gétulos).
- (2) Fue construido por M. Emilio Scauro y restaurado por el papa Nicolás V, y aun en nuestros días se encuentra en uso. El ejército de Constantino había acampado a la derecha del Tíber.
- (3) Nos encontramos ante uno de los problemas más debatidos de la vida de Constantino. Lactancio sólo hace intervenir el sueño la víspera de la batalla y sobre los muros de Roma, y manda esculpir el *caeleste signum* sobre los escudos de los soldados. Alusión a esto se encuentra en Prudencio en su poema *Contra Symmacum*, 1, 486-488, y en una medalla de Eudoxia con la Victoria que tiene grabado en el escudo el monograma. Calla en cambio el "*in hoc signo vinces*".
- (4) Cita de Virgilio, *Eneida*, 10, 757.
- (5) Se entiende de la jerarquía imperial, figurando ya Constantino como el primer augusto. Con este motivo se le levantó el hermoso arco de triple puerta que todavía puede admirarse en Roma junto al Coliseo, el cual conserva una inscripción relatando su triunfo.

XLV

Se celebra en Milán el matrimonio de Licinio y tiene que marchar éste contra Maximiano.

Constantino, después de organizar la vida en Roma, se retiró a Milán para pasar allí el próximo invierno (1). A la misma ciudad acudió Licinio para tomar esposa. Al enterarse Maximino que estaban ocupados con el asunto de la boda, puso en movimiento sus tropas en lo más crudo del invierno, y a marchas forzadas llegó hasta Bitinia con el ejército muy cansado; pues a causa de las continuas lluvias y nieves, y por el barro, y los fríos, y las fatigas llegaron a perder acémilas de todas clases, resultando un espectáculo lamentable su muerte por los caminos, anuncio ya de la próxima guerra y de la matanza que a los soldados esperaba. No se contentó tampoco con permanecer dentro de los límites de su demarcación, sino que, pasando rápidamente el mar, se presentó bien armado a las puertas de Bizancio. Sólo existía allí una guarnición de soldados, puestos de exprofeso por Licinio en previsión de este caso. Al principio trató de atraérselos con regalos y promesas; después quiso intimidarlos por la fuerza y el ataque, y, sin embargo, de nada valieron ni la fuerza ni las promesas. Entretanto habían pasado once días durante los cuales hubo tiempo de enviar mensajeros y cartas al emperador, cuando los soldados, desconfiando no de su propia lealtad, sino de su escaso número, decidieron entregarse por su cuenta. Desde aquí saltó a Heraclea (2) y allí fue detenido por el mismo motivo, con lo que perdió algunos días más. A su vez, Licinio se daba mucha prisa y llegaba con poca gente a Adrianópolis (3), al tiempo en que Maximino recibía la rendición de Perinto, y después de entretenerse un tanto, llegaba a la jornada de la milla dieciocho, ni podía avanzar más, pues ya Licinio se encontraba en la segunda jornada y a igual millas de distancia. Este reunió todos los soldados que pudo de las cercanas guarniciones y salió al encuentro de Maximino, más con la intención de retardarle, que con el propósito de presentarle batalla o con la esperanza de la victoria, pues aquél tenía 60.000 hombres armados y él apenas había podido reunir 30.000. Pues sus soldados se hallaban desparramados por las varias regiones y no había tiempo ya para juntarlos a todos.

NOTAS

- (1) Se entiende el invierno del mismo año 312, pues pocas semanas fueron suficientes para apaciguar y ordenar Roma. Allí se juntó con Licinio, que iba a contraer matrimonio con una hermana suya, y tratarían probablemente sobre el próximo edicto de libertad de cultos.
- (2) Esta ciudad debe identificarse con Perinto, que precisamente a comienzos del siglo IV empezó a llamarse Heraclea. Tenía buena guarnición por encontrarse en la vía imperial y estar defendida sobre un promontorio.
- (3) Esta ciudad, llamada antes Orestia, tomó después el nombre del emperador Adriano, que la había engrandecido; se hallaba en el centro de la Tracia, en terreno muy fértil y de notable importancia estratégica.

XLVI

Licinio y Maximino se enfrentan y se preparan para la batalla decisiva.

Cuando ya los ejércitos se fueron acercando se preveía que estaba próximo el día de la batalla. Entonces Maximino hizo a Júpiter el siguiente voto (1), que si alcanzaba la victoria acabaría con el nombre de los cristianos y los exterminaría de raíz. Aquella misma noche se apareció a Licinio un ángel de Dios mientras dormía (2), ordenándole que se levantara al momento y que orase al sumo Dios, con todo su ejército, que la victoria sería suya si tal hacía. Después de tales palabras le pareció que se levantaba y que el mismo que se lo había ordenado estaba a su lado y le enseñaba de qué forma y con qué plegarias había de orar. Al despertar ordenó al punto que viniera un amanuense y le dictó las mismas palabras que había escuchado: *Sumo Dios (3), te rogamos; santo Dios, te rogamos. Te encomendamos la justicia de nuestra causa, te encomendamos nuestra salvación. Nuestro mismo Imperio también te lo encomendamos. Por ti vivimos, por ti, victoriosos y felices, existimos. Sumo, santo Dios, escucha nuestras oraciones; hacia ti levantamos nuestros brazos; óyenos, santo, sumo Dios.* Escriben estas plegarias en muchas tablillas, y por medio de los jefes y tribunos son repartidas, para que cada cual las enseñe a sus soldados. Aumentaron con ello los ánimos de todos, pareciéndoles que la victoria les había sido anunciada desde el cielo. Señala el emperador la batalla para la víspera de las calendas de mayo, que coincidían con el octavo año del nombramiento de Maximino, para que fuese especialmente vencido en el mismo día de su exaltación, como también Majencio lo había sido en Roma. Maximino quiso hacer las cosas antes, y el día anterior, ya de mañana; pone en orden sus tropas, para poder celebrar al día siguiente como vencedor la fecha de su aniversario. Avisan que hay movimiento en los campamentos de Maximino. Los soldados cogen sus armas y salen al encuentro. Había entre medias un campo estéril y pelado que le denominan Sereno. Ambos ejércitos estaban ya a la vista. Entonces los licinianos sueltan sus escudos, se quitan los cascos, levantan sus manos al cielo, y yendo delante los oficiales, rezan la plegaria por el emperador. Escucha el ejército que iba a ser derrotado el murmullo de los que rezan; mas ellos, después de

decir tres veces su oración, completamente llenos de valor, se calan los yelmos en sus cabezas y cogen sus escudos. Se adelantan los generales a parlamentar. Maximino no pudo ser inducido a la paz; pues despreciaba a Licinio y hasta creía que sus soldados le iban a abandonar, puesto que era poco dadivoso con ellos, y él, en cambio, resultaba muy espléndido; y precisamente por ese motivo había dispuesto la guerra: para recibir primero, sin necesidad de lucha, el ejército de Licinio, y después marchar inmediatamente con dobles fuerzas contra Constantino.

NOTAS

- (1) Lactancio acentúa el carácter de conflicto religioso entre los dos emperadores, insistiendo en detalles muy discutibles, mientras que en realidad ni Maximino se preocupaba mucho del problema religioso ni Licinio era personalmente muy entusiasta de los cristianos, aun siendo ya compañero de Constantino.
- (2) También aquí hay un sueño misterioso a favor del cristianismo, cuando, según hemos dicho, Lactancio calla la tradición del "*in hoc signo vinces*". Tal vez se trate de un caso de confusión o reduplicación sobre un indiscutible fondo histórico.
- (3) Nótese el estilo de plegaria litánica de la oración. Tal vez no fuera difícil encontrar un precedente literario en las primitivas fórmulas de oración de la iglesia oriental.

XLVII

Victoria de Licinio sobre Maximino.

Cuando ya comienzan a acercarse, las trompetas resuenan y avanzan las banderas. Los licinianos, arremetiendo con fuerza, penetran en las filas enemigas. Estos, aterrados, no tienen tiempo de usar sus espadas y arrojar los dardos. Maximino ronda por el campo y pretende atraerse los soldados licinianos ora con ruegos, ora con dádivas. Nadie le hace caso. Arremeten contra él y ha de volverse a los suyos. Sus tropas eran castigadas sin resistencia, y tan gran número de legiones y tantos soldados eran degollados por pocos. Nadie tenía conciencia de su propio honor, del propio valor militar, de las condecoraciones otras veces conseguidas; parecía que marchaban al sacrificio (1), no a la pelea. De tal modo el sumo Dios los había entregado para que los destruyeran sus enemigos. Ya había caído muerta una gran muchedumbre, cuando ve Maximino que los acontecimientos se desarrollan de distinta manera de lo que él pensaba, y entonces, despojándose de la púrpura y vistiéndose una ropa de esclavo, huyó y cruzó el mar. En su ejército, más de la mitad cayó en la refriega, y el resto, o se entregó o emprendió la fuga. Perdieron la vergüenza de desertar al ver que eran abandonados por su emperador. Este, en las calendas de mayo, es decir, en una noche y un día, llegó a Nicomedia a la noche siguiente, a pesar de encontrarse el lugar de la batalla a 160 millas; allí cogió a sus hijos y a la mujer, y con un reducido séquito de su palacio, se dirigió al Oriente. Se detuvo en Capadocia, donde reunió los soldados que habían huido y otros de aquellas regiones. Allí de nuevo volvió a vestir la púrpura imperial.

NOTA

- (1) Su estado de ánimo era el de víctimas llevadas al sacrificio que no muestran resistencia.

XLVIII

Constantino y Licinio, con el edicto de Milán, conceden la libertad a la Iglesia.

Licinio, por su parte, después de recibir la rendición de una parte del ejército de Maximino y de distribuirlo, pasó con sus tropas a Bitinia, pocos días después de la batalla, y entrando en Nicomedia dio gracias a Dios, con cuya protección había vencido; y el día de los idus de junio, siendo Constantino y él por tercera vez cónsules, mandó que fuesen publicadas disposiciones del siguiente tenor, dirigidas al presidente (1):

“Habiéndose reunido felizmente en Milán, tanto yo, Constantino Augusto, como yo, Licinio Augusto, y habiendo tratado todo lo referente a la utilidad y seguridad pública, entre otras cosas, creímos debían resolverse las de más provecho para muchos hombres, entre las que figuran el modo de dar culto a la divinidad, y así acordamos dar a los cristianos y a todos en general libre facultad para seguir la religión que cada uno estime conveniente, con el fin de tener aplacadas y propicias a cualquiera de las divinidades que en el cielo habiten, tanto para con nosotros y nuestras cosas como para con todos los sometidos a nuestro poder. Por lo cual, tomar una resolución de esta clase, nos pareció saludable y muy puesto en razón, de no prohibir a nadie que siga la religión cristiana o se convierta a la misma, si es que la tiene por la mejor; para que de esta forma la suma divinidad, a cuyo culto rendimos libre homenaje, manifieste con todos su acostumbrado favor y benevolencia. Por tanto, estará bien que vuestra dignidad sepa que hemos acordado abolir todas las anteriores disposiciones dadas por escrito, al hacernos cargo del mando, sobre la condición de los cristianos, y abrogar las que parecían hallarse en pugna contra nuestra clemencia o eran demasiado perniciosas y desde ahora sencilla y libremente, todo el que quiera guardar las leyes de la religión cristiana, podrá hacerlo sin que se le inquiete y moleste. Hemos creído manifestarlo así claramente a vuestra solicitud para que sepáis que hemos dado libre y absoluta facultad de practicar su religión a los mismos cristianos. Y al venir en conocimiento de esta permisión nuestra, entenderá igualmente vuestra dignidad que también a los demás hemos concedido libertad y libre poder (2) de guardar su religión, con objeto de que haya paz.

y en dar culto conforme a las creencias propias, sean todos libres y nadie crea que nosotros pretendemos ir contra el honor o la religión de nadie. Y además hemos pensado establecer lo siguiente, en orden a las personas de los cristianos, que si aquellos lugares en los que antes solían reunirse y que estaban comprendidos en las instrucciones escritas que se os dieron al posesionaros de vuestro cargo, hubiesen sido comprados por entonces, ya por los particulares ya por nuestro fisco, séanles devueltos a los cristianos sin exigirles ningún dinero o precio, sin recurrir a engaños o ambigüedades; aun aquellos que los adquirieron por donación, igualmente que los devuelvan cuanto antes a los mismos cristianos; y asimismo aquellos que los compraron o que los recibieron, háganlo por medio de nuestro representante o vicario y se les resarcirá por este conducto conforme a nuestra acostumbrada clemencia. Todas estas cosas convendrá que sean devueltas lo más pronto posible a la corporación de los cristianos por vuestra intervención y sin dar lugar a dilaciones. Y como se sabe que los mismos cristianos poseían bienes no sólo en aquellos lugares en que acostumbraban a reunirse, sino también en otras partes y los cuales pertenecían al derecho de la comunidad, esto es, a las iglesias, no a los particulares; todos esos bienes, que están comprendidos en la ley que más arriba hemos decretado, bajo ninguna duda o controversia, ordenamos que sean devueltos a los mismos cristianos, es decir, a su corporación y a sus iglesias, teniendo en cuenta la razón anteriormente señalada, que ellos los devuelvan sin exigir precio, como dijimos, pero que esperen una indemnización de nuestra benevolencia. En todo lo cual deberá mostrarse vuestra intervención eficacísima en favor de la dicha corporación de los cristianos, para que nuestro mandato se ejecute cuanto antes, pues también por este medio queremos procurar la pública tranquilidad, según nuestra clemencia. Así sucederá que, como más arriba indicamos, la protección divina, que en tantas ocasiones hemos experimentado, seguirá acompañándonos por todo el tiempo, para que se desarrollen prósperamente los acontecimientos en beneficio del público bienestar. Para que pueda llegar a conocimiento de todos muestra auténtica de nuestro decreto y bondad, las expondréis por escrito en todas partes y haréis que todos las sepan, presentándolas mediante una carta vuestra, para que sea rápido y patente el efecto de nuestra benevolencia.”

Después de expedir tal decreto, aún exhortó con palabras que las asambleas de los cristianos se restituyeran a su primitivo estado. De este modo, desde la destrucción de la Iglesia hasta su restablecimiento pasaron diez años y cuatro meses, poco más o menos.

NOTAS

- (1) Se trata del presidente de la Bitinia. Esto ocurría el 13 de junio del 313; pero el edicto había sido acordado en Milán en los primeros meses del año y en las otras provincias ya había sido publicado, mientras que en oriente, donde todavía reinaba Maximino o se hallaba la lucha en curso, todavía no había habido posibilidad de promulgarlo.
- (2) Véase por este párrafo y el inmediato anterior que el edicto es de libertad de culto, provechosísimo para el cristianismo, hasta entonces oficialmente proscrito, pero que no crea a favor de éste ninguna situación de privilegio.

XLIX

Miserable fin y dolorosa muerte de Maximino.

Dejó paso libre a Licinio, que le seguía con su ejército el prófugo tirano (1), y se dirigió a los desfiladeros del monte Tauro (2), pretendiendo cerrarle el paso con torres y fortificaciones que levantó; pero arrojado también de allí, por arrasarlo todo los vendedores, se acogió finalmente a Tarso. Y allí, sintiéndose perseguido por tierra y mar y sin esperanza de encontrar otro refugio, con el alma angustiada y desesperada, recurrió a la muerte como a remedio de todos los males que Dios había hecho caer sobre su cabeza. Pero primero se atiborró bien de comida y se apipó de vino, como suelen hacer los que echan mano de esta última solución, y de esta forma bebió el veneno. Mas los efectos del tóxico no fueron inmediatos por encontrar el estómago lleno y se tradujeron en una enfermedad semejante a la peste, sintiendo de esta forma los retorcijones por más tiempo al prolongársele la vida. Con todo, el veneno empezaba a obrar, y llegando su eficacia a abrasar las mismas entrañas, por lo inaguantable del dolor, terminó por extraviársele la razón, siendo durante cuatro días presa de la locura hasta el extremo de llegar a comer la tierra que arrancaba con las manos, como si estuviera hambriento. Al fin, después de muchos y terribles sufrimientos, a fuerza de dar con la cabeza en las paredes, se le saltaron sus ojos de las órbitas. Y entonces, por último, al perder la vista, comenzó a ver a Dios que le juzgaba, rodeado de ministros vestidos de blanco. Gritaba entonces como suelen hacerlo los que son atormentados, diciendo que no él, sino otros, lo habían hecho. Y concluía, como obligado por los dolores, por confesar a Cristo, pidiéndole y suplicándole de vez en cuando, que se compadeciese de él. De esta forma, en medio de desgarradores gemidos, que profería como si le quemasen, exhaló su espíritu malvado y detestable con tal clase de muerte.

NOTAS

- (1) Después de la derrota, Lactancio ya no da más el nombre de soberano a Maximino.
- (2) Eran éstas las llamadas "puertas de Cilicia", por donde pasaba la vía principal que bajaba a Tarso y proseguía hasta Siria.

L

Licinio acaba con los parientes y partidarios de los otros emperadores.

Así Dios fue destruyendo a todos los perseguidores de su nombre, para que no quedara de ellos simiente ni raíz alguna. Pues Licinio, una vez que consiguió plenos y absolutos poderes, empezó por mandar se diese muerte a Valeria (1), a quien Maximino no se había atrevido a matar ni después de su derrota, cuando estaba lleno de despecho y comprendía que le esperaba la destrucción. Otro tanto ordenó respecto a Candidiano, a quien Valeria había adoptado por ser estéril, si bien era hijo de una concubina. Cuando la dama supo que había vencido Licinio, cambiando de ropas, se confundió entre la muchedumbre en espera de la suerte que pudiera caberle a Candidiano. Este, puesto que se había presentado en Nicomedia y parecía que se le guardaban consideraciones, sin sospechar semejante cosa, fue asesinado. Al enterarse su madre, se dio al momento a la fuga. También condenó a muerte a Severiano, hijo de Severo, joven ya fuerte, que había seguido a Maximino en su huida, como si tuviese idea de vestirse la púrpura después de su muerte. Todos los cuales, porque temían de antiguo a Licinio, como a persona que les quería mal, prefirieron seguir a Maximino, excepción hecha de Valeria, la cual, sin embargo, se negó a que Licinio sucediera en todos sus derechos hereditarios a su esposo Maximiano, como también se lo había negado a Maximino. Además dio muerte al hijo mayor de Maximino, que sólo contaba ocho años, y a una hija de siete, que había sido prometida en matrimonio a Candidiano. Aunque antes había mandado arrojar al Orontes a la madre de éstos; como también ella había ahogado a muchas castas matronas en este río. De este modo, todos los impíos, por verdadero y justo juicio de Dios, recibieron los mismos castigos que ellos habían dado.

NOTA

(1) Valeria era la mujer de Galerio, y Candidiano, su hijo.

LI

Fin de Prisca y Valeria, viudas de Diocleciano y Galerio.

Valeria de Prisca, después de haber andado errando durante quince meses, disfrazada con vestidos plebeyos por varias provincias, por último fue reconocida en Tesalónica (1) y apresada, y juntamente con su madre fueron condenadas. Conducidas, pues, ambas damas al lugar de la ejecución, entre la expectación y conmiseración de la muchedumbre por una tan gran desgracia, les fueron cortadas las cabezas y sus cuerpos echados al mar. Su honestidad y condición (2) fueron la causa de su ruina.

NOTAS

- (1) Por corrupción del nombre se ha convertido en la moderna Salónica. El hecho de andar hacia Tesalónica hace pensar que quisiera Valeria refugiarse en Dalmacia, donde eran mayores los recuerdos de su padre, tanto más que ahora se encontraba con su madre, Prisca, esposa de Diocleciano.
- (2) Por no haberse plegado Valeria a casarse con Licinio. Su condición, por ser viudas de emperadores y resultar sospechosas.

LII

Acción de gracias a Dios por el triunfo de la Iglesia cristiana.

Todas estas cosas juzgué que debía escribirlas fielmente (1), conforme sucedieron —y habla a quien está bien enterado de ellas— para que no se perdiese el recuerdo de hechos de tanta trascendencia ni pudiese nadie desfigurar la verdad, si trataba de escribir esta historia, ya callando los crímenes de los perseguidores contra Dios, ya el castigo que el Señor les dio. A cuya eterna piedad debemos todos dar gracias porque finalmente dirigió sus ojos hacia su heredad y se dignó agrupar y restaurar a su grey en parte destrozada por lobos rapaces, en parte dispersa, exterminando las bestias feroces que habían pateado los prados de su divino rebaño y echado por tierra sus albergues. ¿Dónde se encuentran ahora aquellos tan rimbombantes y celebrados apellidos entre los gentiles de los Joves y Hercúleos, que fueron utilizados en primer término por Diocletes y Maximiano con toda petulancia y que después estuvieron de moda al apropiárselos sus sucesores? A decir verdad, los borró el Señor de la faz de la tierra. Celebremos, por tanto, el triunfo de Dios con toda alegría y la victoria del Señor repitámosla con nuestras alabanzas. Con plegarias diurnas y nocturnas celebrémosla; y no cesemos de celebrarla para que la paz concedida a su pueblo al cabo de diez años tenga confirmación para siempre. Y sobre todo tú, Donato queridísimo, que mereces ser oído por Dios, ruega al Señor para que, manso y propicio, conserve a sus siervos por su eterna misericordia, para que aparte de su pueblo todas las asechanzas y ataques del diablo, para que guarde siempre en eterna paz a su Iglesia renacida (2).

NOTAS

- (1) Esta declaración de Lactancio, apoyada además con un testigo contemporáneo como Donato, nos aseguran su veracidad, lo que no impide el que haya interpretado algunos hechos o los haya enmarcado según su particular punto de vista.
- (2) El voto de Lactancio se cumplió por largo tiempo, en lo que a persecuciones se refiere; pero otras luchas esperaban a la Iglesia, quizá más difíciles: las herejías.

APENDICE I (1)

HISTORIA ECLESIASTICA DE EUSEBIO DE CESAREA (LIBRO OCTAVO) (2)

(Estado de la Iglesia antes de la persecución de Diocleciano)

Nosotros, desde luego, no somos capaces de explicar la mucha honra y gloria y al mismo tiempo la libertad que alcanzó la doctrina del culto al verdadero Dios y por Cristo predicada en primer lugar a los hombres. Libertad que alcanzó a todas partes, lo mismo entre los griegos que entre los bárbaros, antes de la persecución que estalló en nuestros días. Tal vez la causa se halle en la benignidad de los emperadores para con los nuestros, a los cuales hasta les encomendaban el gobierno de las provincias, librándoles del miedo que pudiera cogerles a tener que sacrificar por la especial benevolencia con que se encontraban dispuestos hacia nuestra religión. ¿Qué necesidad habrá de recordar a los que vivían en los mismos palacios de los emperadores y qué decir de los mismos emperadores? Los cuales dieron permiso a sus aúlicos y a las mujeres de ellos, así como a sus libertos y esclavos, para que pudieran practicar libremente en su misma presencia los cultos de su religión, tanto de palabra como de obra. Por la libertad que encontraban en su fe se gloriaban y contaban con la permisión de los emperadores que parecían distinguirlos entre todos sus ministros con particular amor. Entre éstos se encontraba aquel Doro-teo que supo manifestar su gran benevolencia y fidelidad para con

los príncipes, y por esta razón alcanzó mayor honor que todos los magistrados y gobernadores de provincias. A éste hay que añadir aquel celeberrimo Gorgonio y a todos los restantes que por su fidelidad a la doctrina del Señor consiguieron con ellos la misma gloria. De semejante modo podrías observar cómo por todos, así los particulares como los rectores de las provincias, se rendían a los prelados de todas las Iglesias el mayor honor, el respeto y la consideración. ¿Pero quién será capaz de referir conjuntamente la incontable muchedumbre de personas que diariamente se acogía a la fe de Cristo, quién el número de las iglesias en cada ciudad, quién la afluencia de ciudadanos distinguidos que se congregaban en los edificios sagrados? Por lo cual fue necesario que se levantasen desde los cimientos iglesias espaciosas en todas las ciudades, no pareciendo suficientes los antiguos edificios. Y a pesar del diario desarrollo de los templos y de que continuamente eran adornados y enriquecidos, ninguna amenaza les asustaba, ni la malignidad del demonio les causaba espanto, ni nunca las insidias de los hombres pudieron impedirlo mientras la diestra de Dios omnipotente velaba por su pueblo, por ser digno de tal salvaguardia.

Pero habiendo empezado a declinar hacia la negligencia y la desidia por culpa de la demasiada libertad y unos a tener envidia y a criticar a los otros; como nos hiciésemos entre nosotros mismos una guerra fratricida hiriéndonos mutuamente con las palabras a la manera de armas y lanzas; como los prelados luchasen contra los prelados y los pueblos contra los pueblos levantando revueltas y tumultos; por último, aumentando los fraudes y los engaños hasta el ápice de la malicia, entonces la divina justicia empezó a amonestarnos primero con brazo suave, como acostumbra, casi sin sentir y moderadamente, sin tocar aún al cuerpo general de la iglesia y pudiéndose reunir todavía las multitudes de fieles libremente; la persecución estalló en sus comienzos por los que ejercían la milicia. Mas faltos totalmente de prudencia, ni siquiera nos preocupamos de aplacar la bondad divina, es más, procediendo como los impíos que se figuran que los acontecimientos humanos no los rige ninguna providencia, fuimos añadiendo cada día nuevos crímenes a los anteriores. Nuestros mismos pastores, sin tener en cuenta las ordenanzas de la religión, luchaban entre sí con mutuas querellas, no teniendo otra obsesión que buscar pleitos, amenazas, rencillas y odios para aumentar

las enemistades, reclamando la prelatura como si se tratase del gobierno civil, y entonces finalmente, como dijo Jeremías, *oscureció el Señor en su enfado a la hija de Sión y borró del cielo la gloria de Israel, ni tuvo memoria del escabel de sus pies en el día de su ira. Soterró el Señor toda la honra de Israel y destruyó todos sus lagares* (Trenos, 2, 1). Y como en los salmos había sido predicho: *Anuló el testamento de su siervo, profanó en la tierra su santidad*, a saber, por la destrucción de las Iglesias. *Destruyó todos sus lagares, convirtió en pánico sus fortificaciones. Le dispersaron todas las turbas del pueblo que pasaban por el camino*, y, por tanto, *vino a ser la vergüenza para todos sus vecinos. Pues dio poder a la diestra de sus enemigos; y les privó de la ayuda de su espada, ni les prestó socorro en la guerra.*

EDICTOS DE PERSECUCION

Corría el año 19 del imperio de Diocleciano, cuando en el mes Distro, que los romanos llaman marzo, acercándose el día de la fiesta de la Pasión del Señor, fueron publicados por todas partes los edictos imperiales en los cuales se mandaba que las iglesias fuesen arrasadas hasta el suelo y los libros sagrados consumidos por las llamas, que las personas honorables serían fichadas con la nota de infamia y los plebeyos privados de su libertad si persistían en continuar en la fe cristiana.

Y éste fue el primer edicto de este tenor promulgado contra nosotros. Mas no mucho después llegaron otras nuevas letras, en las cuales se mandaba que todos los prelados de las iglesias de cualquier parte fueran primeramente puestos en la cárcel y que después se obligase a todos a sacrificar a los dioses.

(CONDUCTA DE LOS PERSEGUIDORES)

Entonces, la mayor parte de los pastores de las Iglesias, aguantando animosamente terribles suplicios, dieron el espectáculo de grandes combates; pero muchísimos otros, cuyo ánimo se turbó con el temor, cedieron fácilmente desde el primer asalto. Mas cada uno de los que permanecieron fieles sufrió tormentos de

diversa especie; unos fueron flagelados con azotes, otros dilacerados sus cuerpos con garfios de hierro y con torturas intolerables, bajo las cuales algunos terminaron desgraciadamente su vida. Pero otros salieron de la lucha de un modo diferente: a uno, que con violencia lo habían acercado a los sacrificios sucios e impuros, le despedían de allí como si hubiese sacrificado, aunque él se había abstenido; otro, que ni se había acercado ni tocado nada de inmundo, aunque varios decían que había sacrificado, se marchaba soportando el silencio de tal calumnia; a un tercero, levantado medio muerto, le arrojaron en tierra como si fuese un cadáver, y luego, permaneciendo en aquella misma postura, le arrastraban de nuevo por los pies por un largo espacio y terminaban por inscribirlo en la lista de los que habían sacrificado. Alguno gritaba y declaraba en voz alta su negativa a sacrificar a los dioses, otro afirmaba ser cristiano, preciándose de confesar el nombre del Salvador, otro proclamaba con energía que no había sacrificado ni jamás sacrificaría. Sin embargo, también éstos, después de herirles en la boca y obligarles a callar con puñetazos dados por una fila de soldados dispuestos para este fin, les echaban violentamente con el rostro y las mejillas molidos. Así los enemigos de la religión estimaban como una gran fortuna si aparentemente parecía que habían conseguido su intento por todos aquellos medios. Pero resultaron vanos todos los esfuerzos contra los santos mártires. ¿Qué palabras bastarán para relatar con exactitud estos hechos?

LA PERSECUCION MILITAR

Podría contarse cómo millares de cristianos han dado pruebas de un admirable celo por la religión del Dios del universo, no sólo desde el momento en que se desencadenó la persecución general, sino mucho antes, esto es, desde que reinaba la paz soberana. En efecto, aquel que había tenido el gobierno de este mundo, despertándose de repente como de un profundo sueño, después del intervalo que siguió a la persecución de Decio y de Valerio, ocultamente y como en la sombra, tendió emboscadas a las Iglesias y no declaró la guerra a todos a la vez, sino que probó al principio contra los militares, persuadido de que si en la lucha hubiese

vencido, primeramente a éstos, lograría fácilmente hacer sucumbir también a los demás. Y entonces se pudo ver que muchísimos, dejando la milicia, quisieron volver gustosos a su vida privada, antes que renegar de la religión del supremo Creador de todas las cosas.

Así un jefe militar, cuyo nombre se ignora, comenzó la persecución contra las tropas. Después de completar el censo de los que estaban en fila y de haberlos purificado con las ceremonias de la lustración, dio a escoger: o conservar su categoría, si obedecían a los emperadores, o, al contrario, ser privados de ella, si se oponían a la orden dada. La mayoría de los soldados del reino de Jesucristo, sin vacilación alguna, prefirieron la confesión de su fe a la gloria del siglo y a las ventajas de que gozaban. De éstos uno o dos tuvieron que soportar no sólo la pérdida de su dignidad, sino también su condenación a muerte por la resistencia opuesta en favor de la religión; pues el que tendía las insidias usaba de mucho miramiento y en raros casos se atrevía hasta derramar la sangre, temiendo, a lo que parece, a la muchedumbre de fieles y no queriendo afrontar la lucha contra todos conjuntamente. Mas cuando ya más abiertamente se mostró pronto a combatir, es imposible decir cuáles y cuántos mártires de Dios se vieron en todos los lugares y ciudades.

HEROISMO DE UN CRISTIANO DE NICOMEDIA

Apenas se fijó en Nicomedia el edicto contra las Iglesias, un sujeto, no oscuro, sino muy nombrado por los cargos dignamente desempeñados, movido por el celo de Dios e inflamado por el ardor de la fe, arrancó el cartel puesto en un lugar público, lo rasgó como impío y sacrílego, aunque estaban presentes en aquella ciudad los dos emperadores (3), de los cuales el más anciano tenía el poder supremo y el otro el cuarto grado después de él en la jerarquía imperial. Aquel sujeto fue el primero de los habitantes del lugar en hacerse insigne con uno de estos actos; sometido inmediatamente a suplicios tales como naturalmente convenían a su atrevimiento, conservó la serenidad y la calma hasta el último suspiro.

MARTIRIO DE LOS PRESIDENTES EN LOS PALACIOS IMPERIALES

Sobre todos aquellos que se hicieron dignos de admiración o célebres por su valor, ya entre los griegos, ya entre los bárbaros, nuestro tiempo ha puesto a los gloriosos mártires de Dios, esto es, Doroteo y los demás nobles palatinos, juzgados dignos de un honor más grande que el de los mismos príncipes y tratados afectuosamente como hijos. A la gloria y a las delicias del siglo prefirieron la verdadera riqueza, los padecimientos, los oprobios por la defensa de la religión, y contra los mismos se inventaron todas las diversas especies de muerte.

Sólo mencionando cómo uno de ellos terminó la vida, se comprenderá también lo que sucedió a los demás. Fue conducido al centro de la sobredicha ciudad (Nicomedia) ante los príncipes ya indicados. Recibida la orden de sacrificar a los dioses, se negó a ello; entonces mandaron levantarlo desnudo en alto y rasgarle todo el cuerpo con azotes, hasta que, vencido, aun a pesar suyo, hiciese cuanto se le mandase. Y como en medio de los dolores permanecía incommovible, y tenía descubiertos hasta los huesos, prepararon una mezcla de vinagre con sal, que echaron en los miembros ya deshechos. Soportando él estos suplicios, llevaron al medio una parrilla con fuego, y como se hace con la carne para servirla a la mesa, pusieron encima de ella lo que restaba de su cuerpo, pero no todo a la vez ni una vez sola, para que no muriese demasiado pronto, sino para que se consumiese lentamente. Ni se permitía a los verdugos que le habían puesto sobre el fuego que soltasen a la víctima, si en medio de tan atroces tormentos no había antes dado señales de querer obedecer. El, perseverante en su constancia, expiró vencedor en los mismos espasmos. Tal fue el martirio de uno de los servidores imperiales, digno verdaderamente de su nombre: se llamaba Pedro.

No menos tremendos fueron los suplicios de los demás, que omitiremos por amor a la brevedad. Baste decir solamente cómo Doroteo y Gorgonio, juntamente con muchos empleados en el servicio del emperador, después de varios combates, muertos con el lazo al cuello, consiguieron el premio divino prometido a los triunfadores.

También por entonces Antimo, obispo de la Iglesia de Nico-

media, por confesar a Cristo, fue decapitado en aquella misma ciudad. A éste se le añadió una enorme multitud de mártires. Porque por aquellos días, no se sabe por qué accidente fortuito, en el palacio se había producido un incendio. Y como se lo atribuyese por autores a los nuestros el público rumor, a causa de una falsa sospecha, por mandato imperial, todos los que allí eran adoradores de Dios, en pelotón con sus familias, unos a espada y otros por la hoguera perecieron. Se dijo que hombres y mujeres, rápidamente, se arrojaron al ardiente fuego, como movidos por cierto divino impulso que no puede explicarse con palabras. Fueron también incontables los que apresados y colocados en lanchas fueron arrojados por los verdugos al profundo del mar. Y hasta los mismos cuerpos de los nobles palatinos, que después de su muerte habían recibido sepultura conforme a su rango, sus legítimos dueños ordenaron que fueran sacados de las tumbas y creyeron oportuno arrojarles al mar, para que ninguno adorase el día de mañana como dioses a aquellos que estaban sepultados, según ellos se figuraban.

Y estas fueron las cosas que ocurrieron en Nicomedia a los comienzos mismos de la persecución. Además, poco después, como algunos en Melitina, región de la Armenia, y otros en Siria quisiesen apoderarse del poder, promulgó el emperador un edicto para que todos los prelados de cualquiera de las Iglesias fuesen apresados y ejecutados en las cárceles. El espectáculo de lo que luego pasó supera toda posibilidad de contarlos, pues al apresar a tan enorme muchedumbre de personas y ponerlos bajo custodia, las cárceles que antes estaban destinadas para los homicidas y los profanadores de sepulturas, entonces rebosaban con los obispos, presbíteros, diáconos, lectores y exorcistas, tanto que para los condenados por aquellos crímenes no se encontraba sitio para encerrarlos.

NUEVO EDICTO DE PERSECUCION

Como a los anteriores edictos (de persecución) viniera a añadirse otro nuevo, en el que se mandaba que los reclusos en las cárceles si sacrificaban se les pusiese en libertad y si se negaban fueran atormentados con durísima tortura, apenas si podía lle-

varse ya la cuenta de todos los que después padecieron martirio en cada una de las provincias, y sobre todo de aquellos que en Africa y Mauritania, en la Tebaida y en Egipto fueron muertos. Muchos de esta región, habiendo emigrado a otras ciudades y provincias, se distinguieron por los martirios sufridos allí gloriosamente.

LOS MARTIRES DE LA TEBAIDA

Pero desde luego sobrepasan todo lo que puede decirse los tormentos y dolores que sufrieron los mártires en la Tebaida, arañándoles con trozos de teja afilados, a manera de uñas, todo el cuerpo hasta que recibía la muerte con aquellas heridas. Mas a las mujeres, atadas por un pie, las colgaban con la cabeza hacia abajo y las levantaban luego con ciertas máquinas, con sus cuerpos completamente desnudos, con lo que ofrecían a todos un espectáculo a la vez torpísimo y cruelísimo. Otros perecieron siendo atados a los árboles o a sus ramas. Pues hacían juntarse y doblarse, por medio de ciertos artefactos, las ramas más fuertes de los árboles y en cada una de ellas ataban la extremidad del mártir, y luego dejaban volver libremente las ramas a su posición natural, con la intención de desgarrar en un solo momento los miembros de aquellos contra los que habían inventado tal barbarie.

Todos estos suplicios no duraban pocos días o un breve espacio de tiempo, sino el largo espacio de años enteros; algunas veces las víctimas sacrificadas fueron más de diez y más de veinte, otras veces no menos de treinta y también sesenta, y sucedió que en un solo día llegó hasta un centenar entre hombres, mujeres y niños, después de haber soportado varios y sucesivos padecimientos. Encontrándonos en aquellos lugares hemos visto nosotros mismos una gran muchedumbre de fieles perecer juntos en el mismo día, algunos decapitados, otros quemados vivos, tanto que a veces las espadas se embotaban hasta quebrarse y los verdugos, agotados de fuerzas, se sucedían los unos a los otros. Entonces hemos contemplado la constancia, la virtud verdaderamente divina y el celo de los que creían en Jesucristo, Hijo de Dios.

En efecto, apenas se pronunciaba la sentencia de muerte contra los primeros, de lugares diversos corrían otros al tribunal del

juez declarándose cristianos, sin preocuparse de los terribles peligros, de los tormentos de varias clases a que se exponían; antes bien, hablando intrépidos con franqueza del culto que debía darse a Dios creador del mundo, recibían con júbilo, con sonrisa, con alegría, la extrema sentencia de muerte, y asimismo cantaban himnos y daban gracias al mismo Señor hasta el último suspiro. Estos fueron ciertamente admirables; pero mucho más admirables fueron aquellos que, ilustres por su riqueza, por su nobleza, por su gloria, por su elocuencia y por su sabiduría, pospusieron todo esto a la verdadera religión y a su fe en nuestro Salvador Jesucristo.

VISION DE CONSTANTINO Y SU VICTORIA SOBRE MAJENCIO

(Hist. Eccla. lib. IX)

Constantino, de quien ya dijimos que descendía como emperador de otro emperador y era piadoso como de padre piadosísimo y afabilísimo, siendo el segundo después de él Licinio, ambos relevantes en prudencia y piedad, igualmente religiosísimos para con el rey de todos y Dios salvador, se levantaron en guerra contra los dos impíos tiranos, y dándose batalla, con el auxilio de la Divinidad, Constantino venció desde luego a Majencio en la ciudad de Roma, a pesar de no esperarlo nadie, y después le dio muerte. No mucho después Maximino, tirano del Oriente, fue vencido y murió con la más infame de las muertes, cupiéndole la victoria a Licinio, que todavía no había llegado al estado de locura declarada.

Desde luego fue el primero Constantino, quien además ocupaba el primer puesto en los honores y en la escala del imperio, quien compadecido de la pesadísima tiranía que soportaban los romanos, después de invocar repetidamente la protección del Dios del cielo y de su Hijo y Verbo, Salvador de todas las cosas, Jesucristo, se puso al frente de su ejército con la intención de devolver con su ayuda la libertad que los romanos habían recibido de sus antepasados. Pero Majencio confiaba más en el poder de las artes mágicas que en la complacencia de sus súbditos y ni se

atrevió a salir fuera de las puertas de Roma. Había fortificado todos los alrededores de la ciudad y los lagares, pueblos y regiones de Italia que estaban oprimidos con el yugo de la esclavitud se encontraban defendidos con tropas armadas y dispuestas a atacar a cualquier ejército; pero el emperador (Constantino), seguro de la protección divina, puesto en contacto con el primero, segundo y tercer ejército del tirano, los derrotó y puso en fuga sin gran trabajo. De esta forma halló expedito el camino de toda Italia, y marchando adelante llegó por último hasta la misma ciudad de Roma.

Y para que no hubiera necesidad de llevar la guerra a todos los romanos por causa de un solo tirano, Dios se le ofreció como obligado por ciertos compromisos muy fuera de las puertas de la urbe, y a la vez demostró claramente con obras la veracidad de aquellos antiguos prodigios que fueron obrados contra los impíos y que se refieren en los libros sagrados y que muchos quieren negarles su fe como si se tratase de fábulas, aunque los creyentes siempre les dieron su asentimiento, y este milagro que vamos a referir fue presenciado con sus propios ojos, tanto por los creyentes como por los infieles. Pues a la manera como en los tiempos de Moisés y del religioso pueblo de los hebreos, Dios *arrojó al mar los carros y el ejército de Faraón y a los más escogidos soldados que luchaban en grupos de tres desde los carros los sumergió en el mar y los cubrió con sus olas*, de igual manera Majencio y todos los que con él luchaban recibían soldada, *como si fueran piedras cayeron en el profundo del abismo*, entonces precisamente cuando ayudando Dios con su poder las tropas de Constantino hizo huir a los otros, los cuales se prepararon para cruzar el río que tenían detrás, en cuyo puente, construido de barcas, Majencio había mandando fabricar un artefacto que habría de convertirse en su ruina. Por lo cual también se pudo decir con toda propiedad: *Abrió y cavó una trampa y cayó en la misma hoya que había fabricado. Su trabajo le dará en la cabeza y sobre su coronilla recaerá su maldad* (Ps. 7, 16). Y de esta manera se desataron las ataduras del puente y empezaron a hundirse los que marchaban por él; al mismo tiempo las barcas se iban de repente al fondo con las mismas personas, y el primero de todos aquel criminalísimo tirano, y después todos los de su guardia personal que le rodeaban, como habían ya predicho los oráculos divinos, *como planchas de plomo fueron tragados*

por los profundos abismos (Ex. 16, 10). Tanto que los soldados, que entonces con la protección divina habían alcanzado la victoria, lo mismo que en otro tiempo los israelitas, a quienes aquel gran siervo de Dios, Moisés, guiaba, con razón pudieran cantar, si no con las palabras, al menos con las ideas, lo mismo que aquellos contra el impío rey Faraón: Cantaremos al Señor, pues ha sido glorificado magníficamente. Al caballo y al jinete los ha arrojado al mar. El Señor es mi auxiliador y protector, se ha convertido en mi salvación. Y también: ¿Quién semejante a ti entre los dioses, Señor? ¿Quién semejante a ti?, alabado entre los santos, admirable en su gloria, obrando prodigios (Ex. 15, sq. 11).

Estas cosas y otras parecidas habiendo dicho Constantino en alabanza de Dios, señor de todo lo creado y autor de la victoria como los hechos habían demostrado, entró triunfante en Roma, saliendo a recibirle con las mejores aclamaciones y con rebosante gozo todo el Senado, así como los personajes de la más rancia nobleza y todo el pueblo romano juntamente con sus mujeres e hijos, con rostro alegre y sincero, como a libertador salvador y autor de todos los bienes. Mas él, siendo naturalmente piadoso para con Dios, no se turbó por estas aclamaciones ni se hinchó con las alabanzas, sabiendo que la ayuda divina había estado tan clara para socorrerle, y por eso ordenó al instante que se colocase el trofeo de la cruz sobre la mano de la estatua que le habían levantado. Y habiéndole levantado los romanos una estatua en el lugar más noble de la ciudad, que llevaba en la mano derecha el signo salvador de la cruz, mandó grabar en su base la siguiente inscripción en lengua latina: "Con este signo saludable, que es la representación de la verdadera virtud, he conservado vuestra ciudad al librarla del yugo de una dominación tiránica. Después de conceder al Senado y pueblo romano su libertad, le he devuelto el honor y la gloria de su nobleza".

LA VISION DE CONSTANTINO

(Vida de Constantino, I, 27-29)

Mas después que hubo entendido ser necesario alguna ayuda superior a las muchas tropas, por razón de las artes maléficas y las

mágicas imposturas que el tirano utilizaba a conciencia, buscó la protección de Dios, poniendo en segundo lugar el aparato bélico y los muchos soldados (pensaba que faltándole Dios de nada habría de servirle lo demás), estando persuadido que únicamente era inexpugnable e invencible la ayuda de Dios. Y de aquí empezó a pensar qué Dios debería escoger. Y mientras andaba con esta preocupación, le vino este pensamiento: de entre los muchos que antes de él habían ocupado el imperio, aquellos precisamente que habían puesto su esperanza en la muchedumbre de los dioses y que los habían dado culto con víctimas y ofrendas, en primer lugar habían escuchado vaticinios estudiadamente halagüeños y luego habían sido engañados con oráculos que les prometían todas las felicidades, habiendo perecido por último con la más desgraciada de las muertes; ni uno solo de los dioses había acudido a socorrerlos para librarlos milagrosamente de su mala suerte; únicamente su padre, que había emprendido otro camino distinto de sus antecesores y que había condenado su error, habiendo dado culto durante toda su vida al Dios que está por encima de todas las cosas, le había sentido verdadero conservador y custodio de su imperio y autor de todos sus bienes.

Resolviendo él estas cosas entre sí y tomándolas en consideración, notaba que aquellos que habían puesto su confianza en la muchedumbre de los dioses, también habían caído en multitud de fracasos, tanto que ni de su casta, ni de su familia, ni de su gente, ni de su nombre no había quedado entre los hombres ni siquiera huella de su memoria; por el contrario, el Dios de su padre le presentaba muchas y significativas pruebas de su gran poder. Pensando además cómo los que anteriormente se habían levantado en armas contra los tiranos, marchando a la lucha con multitud de dioses, habían tenido ignominioso fin (uno, después de haber emprendido la acción, había terminado por huir; otro había recibido la muerte en mitad de su ejército, como si se tratara de una víctima casual de la muerte); abarcando, pues, todas estas cosas que digo con su pensamiento, llegó a la conclusión que era suma demencia dar culto a unos dioses que ni siquiera existen y persistir después de tantas y tan claras demostraciones en su ciego error. Por tanto, determinó dar culto al Dios único de su padre.

Empezó a implorar su socorro orando y pidiendo que se le mostrase para que le conociese y le prestase su mano protectora

en los asuntos que entonces le preocupaban. Para el emperador que así pedía y humildemente suplicaba, Dios le mostró cierta admirable señal, que si algún otro lo contara, difícilmente podría creérsele. Mas como el mismo victorioso Augusto nos lo relatase a nosotros que escribimos esta historia, mucho tiempo después del hecho, es decir, cuando llegamos a gozar de su trato y amistad, y aseguró sus palabras con el sagrado del juramento, después de todo esto, ¿quién dudará en prestar su fe a esta narración? Sobre todo teniendo en cuenta que los hechos subsiguientes se encargaron de confirmar con su testimonio la verdad de estas palabras. Afirmó haber visto con sus propios ojos, a las horas del mediodía, pero cuando ya el sol empieza a inclinarse hacia el ocaso, el trofeo de la cruz formado en el cielo como de luz y encima del sol, con una inscripción de este tenor: "Con esto vencerás". Con tal visión tanto él como los demás soldados que le seguían en no sé qué marcha y que fueron espectadores del milagro, quedaron fuertemente impresionados.

Mientras tanto él, según contaba, empezó a dudar dentro de sí, preguntándose qué querría significar tal aparición. Y después de mucho preguntárselo y rumiarlo, al fin pudo hallar la solución. El mismo Cristo se le apareció por la noche mientras dormía con aquella señal que le había sido mostrada en el cielo y le ordenó que fabricara un estandarte militar de las características de aquel que había visto en el cielo y que usase de él como de salvadora ayuda en las batallas.

NOTAS

- (1) Con objeto de que el lector pueda contrastar algunas afirmaciones de Lactancio y ver la correspondencia en autores coetáneos, ofrecemos estos dos apéndices, el primero con fragmentos de Eusebio de Cesarea y el segundo de Eutropio. Para Eusebio hemos utilizado su *Historia Eclesiástica* y su *Vida de Constantino*, siguiendo en casi todo a C. Kirch, núms. 444-460 y a la PG. 20, 743 ss.
- (2) Eusebio de Cesarea nació hacia el año 265, probablemente en la misma ciudad de Cesarea. Fue ordenado sacerdote y se dedicó a enriquecer con nuevos manuscritos la biblioteca de su ciudad natal. Ocupado en estos trabajos le sorprendió la persecución de Diocleciano, la que pudo pasar indemne. Después del edicto de Milán, del 313, fue elegido obispo de su ciudad natal. Durante diez o doce años pudo escribir los libros que le valieron la reputación del hombre más sabio de su tiempo. Debió morir hacia el año 340. A Eusebio se le acusa de adulación y servilismo ante Constantino. Es cierto que amó mucho y sintió gran admiración por este emperador, sentimiento general entre los cristianos que habían presenciado los horrores de la gran persecución. Sin embargo, no se aprovechó de la amistad que el emperador le prestó para su medro personal. Sobresale por su obra histórica. Su *Historia Eclesiástica* comprende diez libros y abarca desde la vida de Cristo hasta el año 411. Su valor es inapreciable, pues ella es la fuente donde han bebido los demás historiadores y nadie ha puesto en duda la sinceridad de Eusebio al redactar y compilar su historia. Su *Vida de Constantino* viene a ser un complemento de la obra anterior, aunque a decir verdad resulta más un panegírico que una relación imparcial. Abunda, con todo, en datos preciosos.
- (3) Diocleciano y Galerio.

APENDICE II

BREVIARIO DESDE LA FUNDACION DE ROMA

Por EUTROPIO (1)

LIBRO NOVENO

XIX. Entretanto, Carino, a quien había dejado como César en el Ilírico, en la Galia y en Italia al partir Caro contra los partos, se manchó con toda clase de crímenes. A muchas personas inocentes mandó dar muerte achacándoles delitos supuestos, deshonró los matrimonios más nobles. Para sus mismos condiscípulos, que en la clase le hubieran molestado con la más insignificante broma, fue dañino. Por lo que llegó a convertirse en odioso para todos y no mucho después encontró su merecido. Pues regresando el ejército vencedor de Persia, por causa de haber muerto Caro Augusto de un rayo y Numeriano César en una emboscada, creó emperador a Diocleciano, oriundo de la Dalmacia, persona de ascendencia oscurísima, tanto, que muchos le tenían por hijo de un escribano y otros le suponían liberto del senador Anulino.

XX. Diocleciano juró en la primera ocasión en que se presentó ante los soldados, que no tenía parte en la muerte de Numeriano, y estando allí Apro, que había organizado la conjuración contra Numeriano, a la vista de todo el ejército, le hirió de su propia mano. Después venció a Carino, que vivía con el odio y detes-

tación de todos; en una gran batalla dada junto al río Margo (2) y fue traicionado por su ejército, que era más poderoso que el de Diocleciano, y hasta abandonado de los suyos, entre los montes Viminacio y Aureo. De este modo se construyó en señor supremo y absoluto del gobierno de Roma, y habiéndose levantado en la Galia los trabajadores y dando por nombre a su facción el de Bacaudos (3) y siendo los dirigentes de la misma Amando y Eliano, mandó a apaciguarlos al César Maximiano Hercúleo, quien, con fáciles batallas, sometió a los campesinos y devolvió la paz a las Galias.

XXI. También por entonces Carausio, que a pesar de ser de familia humilde había alcanzado gran fama por su valor en el ejército, habiendo recibido en Bolonia el encargo de tener en paz todo el trozo de costa que va desde la Galia (Bélgica) hasta la Armórica, que los francos y sajones recorrían, logró hacer prisioneros muchos bárbaros, pero no entregaba el botín íntegro a los provinciales que habían sufrido saqueos ni lo enviaba a los emperadores; con lo que empezó a sospecharse que estaba en connivencia con los bárbaros, de los que recibía botín por permitirles sus correrías, y así se ordenó su muerte por Maximiano, pero él vistió la púrpura y ocupó las Bretañas.

XXII. Así llegaron a ponerse las cosas de tal modo, que en todo el orbe había revoluciones, pues Carausio se había rebelado en las Bretañas, Aquiles en Egipto, los Quinquegentianos campaban en Africa, Narsés había llevado la guerra al Oriente, por lo que Diocleciano, de César, convirtió a Maximiano Hercúleo en Augusto, a Costanzo y Maximino los nombró Césares, de los cuales se suponía que Costanzo era descendiente de Claudio por una hija, y Maximiano Galerio había nacido en la Decia, no lejos de Sardes. Y para unirlos, también por afinidad, Costanzo tomó por esposa a Teodora, hijastra de Hercúleo, de la cual tuvo después seis hijos, hermanos de Constantino, y Galerio tomó a Valeria, hija de Diocleciano. Obligó a ambos a repudiar sus anteriores esposas. Con Carausio terminó por hacer la paz, pues en vano había intentado reducir por la guerra a quien era tan entendido en asuntos militares. Al tal terminó por asesinarle, al cabo de siete años, Aleto, aliado suyo, y todavía éste estuvo posesionado de las Bretañas por tres años. Quien bajo la dirección de Asclepiades, prefecto del pretorio, fue vencido. Así fueron recuperadas las Bretañas al cabo de diez años.

XXIII. Por aquel tiempo se llevó también a cabo la guerra con muy buena fortuna por Costanzo contra los lingontes (4). En un mismo día tuvo ocasión de probar la adversa y la próspera fortuna. Pues habiendo hecho una repentina incursión una banda numerosa de bárbaros, se vio obligado a recogerse en la ciudad ante tan acuciante apuro, pero, cuando ya las puertas estaban cerradas, debiendo subir hasta la muralla por una cuerda. Apenas habían transcurrido cinco horas, cuando, con la venida de un ejército de socorro, logró postrar casi a sesenta mil alemanes. También Maximiano Augusto logró vencer en Africa, sometiendo a los Quinquegentianos y reduciéndolos a la paz. Diocleciano, después de tener sitiado a Aquiles por ocho meses en Alejandría, le venció y mandó dar muerte. Usó de la victoria con demasiada crueldad; ensangrentó a todo Egipto con duros destierros y muertes. Pero ya con aquel motivo dispuso y decretó muchas cosas sabiamente, que están en vigor hasta nuestros días.

XXIV. Galerio Maximiano tuvo su primera actuación contra Narsés, pero la guerra le fue desfavorable en el encuentro que tuvo en Calínico y Charrán (en la Mesopotamia), por haber luchado con más impremeditación que bravura. Había pretendido vencer un numerosísimo ejército con muy pocas tropas. Rechazado, pues, y obligado a volver a Diocleciano, como éste le saliese al encuentro, se cuenta que Diocleciano le recibió con tanto desprecio que durante unas cuantas millas hubo de correr detrás de su carroza el que iba vestido de púrpura.

XXV. Pero después juntó tropas por el Ilírico y la Mesia y de nuevo luchó en la Armenia mayor con Narsés, tío de Hormisdas y de Sapor, esta vez con gran éxito y a la vez con no menor inteligencia y fortaleza, pues hasta llegó a tomar el oficio de espía con uno o dos compañeros a caballo. Hizo huir a Narsés y destruyó sus campamentos. Hizo prisioneros a sus mujeres, hermanos e hijos, además otra mucha nobleza persa y riquísimo tesoro oriental. A Narsés le obligó a refugiarse en las últimas soledades de su reino. Vuelto a Diocleciano, después de entretenerse como triunfador entre las guarniciones de la Mesopotamia, fue recibido con el máximo honor. Después llevaron a cabo varias guerras, unas veces juntos todos los emperadores, otras cada uno por su cuenta, de manera que sometieron a los Carpos y a los Basternos y vencieron a los Sármatas, haciendo masas enormes de prisioneros entre

estos pueblos, que después asentaron dentro de los confines del imperio romano.

XXVI. Diocleciano era de índole astuta, muy sagaz y de sutil ingenio, hasta el punto de saber saciar su crueldad, pero haciendo recaer la culpa en otros. Muy trabajador y a la vez activísimo y listo, fue el primero que introdujo en el imperio romano las formas más propias de la tiranía que de la romana libertad, ordenando que se le prestase adoración, cuando antes todos los emperadores habían sido saludados. Implantó adornos de piedras preciosas en los vestidos y en el calzado. Pues anteriormente el único distintivo del imperio era la clámide de púrpura; lo demás era lo corriente a las restantes personas.

XXVII. Mas el Hercúleo, públicamente era feroz y de trato incivil, declarando su misma tosquedad la fealdad de su rostro. A Diocleciano le obedecía siempre en todas sus resoluciones, aun en las más duras. Mas como con el pasar de los años Diocleciano se encontrase poco hábil para sostener el imperio, propuso a Hercúleo el que se retirasen a la vida privada y entregasen la defensa de la república a personas más fuertes y jóvenes. A quien de mala gana obedeció el colega. Con todo, ambos, en el mismo día, cambiaron las insignias del imperio por las vestiduras de particulares; Diocleciano en Nicomedia, Hercúleo en Milán, después de haber conseguido ínclitos triunfos en Roma, como el que con ilustre pompa de despojos tuvo lugar cuando las mujeres, hermanas e hijos de Narsés, eran llevados delante de los carros. Se retiraron el uno a Espalato y el otro a Lucania.

XXVIII. Diocleciano, como una persona particular, fue envejeciendo en esclarecido retiro en una villa que levantó no lejos de Espalato, demostrando rara virtud por ser el primero de todos que, después de la fundación del imperio romano, de la cumbre de la gloria se redujo al estado de condición de vida privada. Le sucedió, por tanto, a él lo que a nadie había pasado, que aun muriendo como un particular fue incluido en la relación de los Divos.

LIBRO DECIMO

I. Después de abdicar éstos el gobierno de la república, Costanzo y Galerio fueron creados Augustos, y el mundo romano fue

dividido entre ambos, correspondiéndole a Costanzo Galia, Italia y Africa, y a Galerio el Ilírico, Asia y Oriente, ayudándose de dos Césares. Mas Costanzo, contento con la sola dignidad de Augusto, declinó las preocupaciones del gobierno de Italia y Africa. Era un varón egregio y de distinguidísima civilidad, que se preocupaba enormemente del bienestar de los magistrados de las provincias y de los mismos particulares, no teniendo tanto interés por los bienes de la casa imperial, diciendo que mejor estaba el dinero público en poder de los particulares que encerrado en una cámara, y era tan moderado en el cuidado de su persona, que si había de celebrar algún día de fiesta cualquier banquete con sus numerosos amigos, había que solicitar antes de los particulares, casa por casa, el dinero necesario para preparar los triclinios. Fue no sólo amable sino hasta objeto de veneración por parte de los galos, a causa, sobre todo, de haber desaparecido durante su gobierno el recelo malicioso de Diocleciano y las sanguinarias crueldades de Maximiano. Murió en Bretaña, en York, el año trece de su principado y fue incluido entre los Divos.

II. Galerio, varón de buena índole y famoso en asuntos militares, al ver que Italia también se le agregaba a su gobierno por abandono de Costanzo, creó dos Césares: Maximino, que puso al frente del Oriente, y Severo, a quien dio Italia. El fijó su residencia en el Ilírico. Mas al morir Costanzo, Constantino, que era hijo suyo de un matrimonio ilegal, fue creado emperador en Bretaña y pasó a ocupar el lugar de su padre, con los mejores augurios de gobernante. Entre tanto, los pretorianos, amotinándose en Roma, nombraron Augusto a Majencio, hijo de Hercúleo, que residía en una villa pública, no lejos de la ciudad. Al enterarse de la noticia cobró esperanzas Maximiano Hercúleo de volver al poder, que, obligado, tuvo que dejar, y se dirigió velozmente a Roma desde Lucania, donde había fijado su residencia como persona privada, viendo llegar la vejez en medio de campos amenísimos, y escribió a la vez a Diocleciano, animándole a volver a hacerse cargo del mando; pero éste no lo tomó en cuenta. Mas contra la revolución de los pretorianos y de Majencio, Severo César fue enviado a Roma por Galerio y llegó con su ejército y puso cerco a la ciudad, viéndose luego abandonado por culpa de sus soldados.

III. Aumentando con esto las fuerzas de Majencio, se vio confirmado en el mando, y huyendo Severo, fue muerto en Rávena. El mismo Maximiano Hercúleo, que pretendió después de todo esto despojar de la púrpura a su hijo Majencio, a la vista de todo el ejército, hubo de sufrir la revuelta y los insultos de los soldados. Desde allí marchó a las Galias, fingiendo que había sido expulsado por su hijo, para unirse a su yerno Constantino, pero maquinando dar muerte a éste en la primera ocasión, quien ya reinaba en las Galias con gran contento de los soldados y magistrados, después de haber aniquilado a los Francos y Alemanes y haber tomado sus tierras, a los cuales arrojó a las fieras en unos públicos espectáculos que dio por entonces. Descubierta la conjuración por su hija Fausta, que dio cuenta a su marido de ella, huyó Hercúleo, y recluido en Marsella, desde allí intentaba marchar por mar hasta encontrarse con su hijo, este hombre tan inclinado a la dureza y a la crueldad, desconfiado, dañino, carente de la más elemental educación.

IV. Por esta época Licinio fue nombrado emperador por Galerio. Era oriundo de la Dacia y le conocía de antiguo y también en la guerra que había llevado a cabo contra Narsés y le apreciaba por sus trabajos y servicios. La muerte de Galerio fue al poco tiempo. Así, pues, la república era entonces gobernada por cuatro nuevos emperadores: Constantino y Majencio, hijos de los Augustos; Licinio y Maximino, personajes nuevos. A los cinco años de gobierno, Constantino emprendió la guerra civil contra Majencio, derrotó a sus tropas en varias batallas y, finalmente, a él mismo, que cometía todo género de crueldades contra la nobleza, le venció junto al puente Milvio y se hizo dueño de Italia. No mucho después, también en Oriente, en contra de Licinio, Maximino maquinó nuevas operaciones, sin darse cuenta que una muerte casual que le cogería en Tarso sería causa de su cercano fin.

V. Constantino, empero, varón de grandes ánimos y dispuesto a ejecutar todo lo que le viniese a su mente, con el fin de poder alcanzar el principado de todo el mundo declaró la guerra a Licinio, aunque estaban ligados por vínculos de amistad y parentesco, pues su hermana Costanza estaba casada con Licinio. Y en primer lugar, cayendo de pronto sobre él en la Pannonia segunda (5), con asombroso aparato bélico, le venció al tiempo en que se

preparaba a llevar la guerra contra los Ciberales (6) y apoderándose de toda la Darnania, la Mesia y la Macedonia, ocupó numerosas provincias.

VI. Hubo posteriormente entre ellos varias guerras, se hizo la paz y de nuevo se rompió. Finalmente, Licinio, vencido por mar y tierra, se entregó en Nicomedia, y contra la santidad del juramento, fue muerto en Tesalónica como una persona particular. Entonces el gobierno de Roma se hizo por medio de un Augusto y tres Césares, cosa hasta entonces desconocida, ya que los hijos de Constantino mandaban en Galia, Oriente e Italia. Pero hay que reconocer que la demasiada prosperidad cambiaron algo la suave docilidad del carácter de Constantino. Empezó por perseguir a sus mismos parientes, a su hijo, varón egregio, y al hijo de una hermana, joven de condición agradable, le mandó matar, después a su esposa, y, por último, a numerosos amigos.

VII. Varón fue Constantino que al principio de su gobierno se le pudo comparar con los mejores príncipes, y al fin, solamente con los medianos. Resplandecieron en él innumerables virtudes de alma y cuerpo. Afanosísimo de la gloria militar, fue muy afortunado en las guerras, pero sin menospreciar por ello su valor personal. Pues también a los Godos, después de la guerra civil, logró vencerlos varias veces, obligándolos por último a la paz, dejando muy grato recuerdo de sí entre los pueblos bárbaros. Se complacía en las artes civiles y en los estudios liberales; era equilibrado en la expresión de su amor, que siempre buscó para sí con liberalidad y complacencia, si bien en algunos casos de amigos fue dudoso, en los restantes se mostró sobresaliente, no perdiendo jamás la ocasión de emular a los más ricos y afamados.

VIII. Promulgó muchas leyes (7); algunas procedían de un ánimo bueno y justo, bastantes superfluas y algunas muy duras, y fue el primero que trabajó para engrandecer tanto el prestigio de la ciudad de su nombre (8), que la hizo rival de Roma. Cuando estaba madurando una guerra contra los Partos, que daban ya de hacer en la Mesopotamia, a los treinta y un años de su imperio y a los sesenta y seis de su edad, murió (9) en Nicomedia, en la villa pública (10). Su muerte fue anunciada también por una estrella con cola, de tamaño desacostumbrado, que brilló durante algún tiempo. Los griegos llaman a tales astros cometas. Mereció también ser inscrito entre los Divos.

NOTAS

- (1) Eutropio, *magister memoriae*, es decir, director de la cancillería del emperador Valente (364-378) obtuvo incomparable éxito con su *Breviarium ab urbe condita*, resumen de la historia romana desde los tiempos de Rómulo. Los diez libros son de escasísima extensión y ofrecen un carácter poco coherente. Su estilo es sobrio y claro y en las biografías de los emperadores el autor se esfuerza en ofrecernos ceñidas semblanzas, distribuyendo imparcialmente la luz y las sombras. Su obra tuvo mucho éxito en toda la antigüedad hasta nuestros días, por su carácter de compendio. Ofrecemos algunos capítulos del Libro IX y de libro X, donde se habla principalmente de la tetrarquía y de Constantino, para que sirva de contraste con la obra de Lactancio.
- (2) Río de la Mesia.
- (3) *Bacaudos* o *Bagandos* en lengua celta significa *rebeldes*.
- (4) Pueblo que habitaba la meseta de Langres.
- (5) Una de las cuatro partes en que estaba dividida la Pannonia.
- (6) Habitantes de la parte baja de la Pannonia.
- (7) Eutropio no fue ciertamente juez sereno de Constantino. Calla tantas buenas cosas del emperador, como el edicto de Milán. Sus reformas fueron sobre todo constitucionales y administrativas.
- (8) Esta es Bizancio, a quien dio el nombre de Constantinopla y a donde trasladó la capital del imperio.
- (9) Murió el 337.
- (10) Sabemos que los romanos llamaban villas a las suntuosas casas de campo, a manera de palacios para veranear. La villa pública solía destinarse al alojamiento de legados y embajadores.

INDICE

	Págs.
Introducción	3
El autor y su obra	3
El "De mortibus persecutorum"	6
Sobre la muerte de los perseguidores	11
 Apéndice I	 93
Historia eclesiástica de Eusebio de Cesarea (Libro octavo)	 93
Edictos de persecución	95
Conducta de los perseguidores	95
La persecución militar	96
Heroísmo de un cristiano de Nicomedia	97
Martirio de los residentes en los Palacios imperiales .	98
Nuevo edicto de persecución	99
Los mártires de la Tebaida	100
Visión de Constantino y su victoria sobre Majencio .	101
La visión de Constantino	103
 Apéndice II	 107
Breviario desde la fundación de Roma	107
Libro noveno	107
Libro décimo	110